

BOLSILLOS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

los muertos no dejan huellas

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

LOS MUERTOS NO DEJAN HUELLA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 579

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 12.333 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1973

© VIC LOGAN 1973

texto

© ENRIQUE MARTIN, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.186. — El hombre que llegó de noche.

En Colección PUNTO ROJO:

571. — Trayecto Barcelona-Madrid.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

761. — Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de Río Grande.

CAPÍTULO PRIMERO

Cornwall viene a ser la Costa Brava inglesa, en cuanto a zona turística.

La costa peninsular del sudoeste inglés tiene poco de bravía en verdad pero lo bueno es su clima atlántico, sus frescos veranos son lo más atrayente.

Quien haya estado en Cornwall sabe de sus costas sinuosas y de sus profundas ensenadas. Las colinas son suaves; la mayor, él Brown Willy, rebasa en poco los cuatrocientos metros de altitud. No obstante, hay acantilados de hasta trescientos metros, auténticos precipicios por los que se vislumbran las encrespadas olas que en la marea alta cubren las pequeñas playas rocosas. En lo alto discurre una peligrosa carretera.

Por esa carretera y en un día lluvioso de invierno circulaba con velocidad digna de un buen conocedor de la ruta Henry Brent con su «Porsche».

La lluvia no era ajena al paisaje gris de los inviernos. La lluvia es normal en esa estación en la costa del sudoeste británico.

También era normal que Henry Brent pisara a fondo el acelerador justo en los lugares más peligrosos. Para él era como un desafío al peligro y al piso resbaladizo de la carretera.

Un peligro del que sabía de antemano que saldría triunfante.

Eran aproximadamente las seis de la tarde, y la oscuridad estaba próxima a ser total.

Continuó bordeando los acantilados, con una extraña sonrisa de triunfo en su semblante.

La casa, su casa, estaba en las afueras de la villa, en un lugar solitario y en una zona donde todavía no habían proliferado los chalets turísticos de la temporada veraniega.

Su casa se alzaba allí, entre el verdor del prado de la suave colina, y semejaba la miniatura de un castillo medieval.

Era de construcción recia, gruesas paredes, con aberturas a los cuatro vientos; planta, piso y desván, sin olvidar el torreón.

Henry la compró precisamente por ese torreón, abierto a los cuatro puntos cardinales.

Le pareció ideal para su trabajo de escritor, cuando sonaron para él los buenos tiempos... ¡Los buenos tiempos! ¿Cuándo habían sido en realidad los buenos tiempos de Henry?

Quizá su esposa, tras los cristales y contemplando la sempiterna lluvia de invierno, pensaba en «ellos» mientras aguardaba a su marido.

Stella, de mirada triste y asustada, una mujer tan hermosa como gris en su aspecto, permanecía sola en la casa.

Aquellas sólidas paredes parecían oprimirla, asustarla... O acaso aterrorizarla.

Sintió un escalofrío cuando surgió el rayo, al que acompañó el inevitable estruendo del trueno.

Le parecía oír ruidos en todas partes.

Y creía oír la voz de su marido desde lo alto del torreón:

—Si tienes miedo, sube a hacerme compañía...

Y se veía a sí misma asomando por la puerta de un dormitorio que le parecía demasiado ancho, demasiado grande... y sobre todo, con aquel ventanal sin persiana que en las noches de luna silueteaba las ramas desnudas de los árboles del jardín, que al ser agitadas por el viento se le antojaban como fantasmas amenazantes surgidos de las novelas de misterio que escribió Henry allí en el torreón.

—Anda, sube, Stella. Así me harás compañía...

Ella, a veces, subía, aunque no le gustaba, porque no quería que su marido la tuviera por una miedosa.

—No me gusta esta casa. No me gusta —solía decirle—. Aquí, en invierno, no suele quedar nadie. Estamos como aislados.

Y él respondía invariablemente:

—En cambio, a mí, este silencio me resulta estupendo. Uno puede concentrarse aquí... sin los ruidos de la City. ¡No me digas que te gustaría vivir en Londres!

«Sí», hubiese respondido ella, pero sabía que si lo hacía él enumeraría una serie de inconvenientes para su trabajo, y le diría que «vivían» gracias a su trabajo, que si tenían «algo» era gracias a

su trabajo, y que disponían de una mansión carísima que él había comprado y puesto a nombre de ella.

—No podrás decirme que no te he dejado nada... Siempre has criticado mi trabajo, pero el día que yo muera tendrás esto. Vale una fortuna. Si no te gusta, puedes venderlo y comprar un apartamento donde desees; pero entretanto viviremos aquí. Me agrada y puedo trabajar a gusto...

¡El trabajo!

¿Qué trabajo?

Todo se terminaba con una mala novela al mes para una serie vulgar, o acaso algunos guiones para una editorial de segundo orden; los buenos tiempos habían pasado... En realidad, se limitaron a un par de novelas afortunadas que a Stella le constaba que su esposo plagió a un amigo suyo que le dio las ideas esperando que Henry le introdujera; pero lo que hizo Henry fue aprovecharlas para sí...

Y a menudo, Stella pensaba:

«Hemos basado nuestra prosperidad en una mentira, en un engaño».

Tenía razón para decirlo porque en esos momentos apenas disponían de afectivo, ni siquiera tenían cuenta en el Banco. En los últimos tiempos los escasos ahorros se habían agotado...

—Vivimos al día, Henry —había exclamado ella—. ¿Es que no te das cuenta? ¡No tenemos nada!

—Tenemos la casa —era la respuesta de Henry.

—¿Y para qué la necesitamos? Tú apenas trabajas...

Entonces, Henry se irritaba.

—No he dejado de trabajar ni una sola noche...

Era cierto porque el tecleto de la máquina de escribir era algo consustancial en los familiares ruidos nocturnos de aquella casa.

El sonido de las teclas al picar sobre el papel enrollado al carro de la máquina era la música de fondo que acompañaba el sueño de Stella cuando conseguía dormir:

Tac, tac, tacatac, tac, tac...

Sí. Era un sonido tan familiar y corriente que a veces hasta actuaba como de somnífero.

¿Pero qué escribía Henry?

—Ya sé que vivimos al día y que tengo que hacer vulgares

guiones para cobrar unas libras, pero escribo otras cosas que si ahora no pagan, en el futuro valdrán más dinero. Soy escritor. Ésta es mi profesión y no claudicaré sólo porque pasemos una mala temporada...

¿Una mala temporada?

Siempre había sido una mala temporada desde que se casaron... a excepción de ese par de éxitos conseguidos gracias al plagio; pero ese tema era tabú. Stella no se hubiera atrevido ni siquiera a insinuarlo.

Y ella, tras el tergal que cubría los cristales del espacioso *living*, seguía aguardando y estremeciéndose a cada relámpago y tapándose las orejas antes de que sonara el estruendoso trueno.

Le pareció oír ruido en el piso alto.

Pero... ¿de quién? ¡No había nadie en la casa!

Unos pasos parecían arrastrarse suavemente sobre el piso de *parquet*.

—Dios —exclamó ella—. Esta casa acabará con mis nervios...

No se atrevía siquiera a volverse.

Y los pasos seguían... ¿O acaso no eran pasos?

—Si cierras bien las puertas no puede entrar nadie... ¿O es que crees en los fantasmas que hago salir en mis historias para masoquistas? —Eso también se lo había dicho Henry muy a menudo para burlarse de ella.

«Todo está cerrado», pensó Stella para sí.

Pero la sensación de que alguien se movía «dentro de la casa» seguía latente en todo su ser.

Entonces escuchó un ruido concreto. ¡Algo acababa de caer sobre el *parquet*!

Era como un jarrón o algo parecido...; algo que al caer se hubiese hecho añicos.

Stella notó de nuevo aquel cosquilleo que recorría de arriba abajo su espina dorsal.

Se volvió lentamente y miró hacia la escalera que ascendía al primer piso de la casa.

Estaba todo oscuro. ¿Por qué no se le ocurriría encender la luz?

En la casa había mucha luz; era esa otra obsesión de su marido. Grandes cantidades de luces, aunque en realidad casi nunca se encendían, porque a Henry le gustaba «crear ambientes gratos», y

esos ambientes, a su modo de pensar, sólo se conseguían con luces indirectas y lámparas de sobremesa estratégicamente distribuidas que si bien contribuían a alumbrar todos los rincones, proporcionaban un ambiente de penumbra. De grata penumbra, eso sí, pero que a Stella, a veces, le producía escalofríos...

Corrió hacia el cuadro de interruptores y con la palma de la mano los pulsó todos a la vez. ¡Quería luz! ¡Inundar las dos amplias estancias de electricidad! El *living* y el *hall*, que se comunicaban por una gran arcada, quedaron inundados de una claridad casi irreal en comparación con las tinieblas de momentos antes.

Pero la iluminación fue fugaz, tan fugaz como el rayo y el trueno que le siguió, porque todo quedó completamente a oscuras.

—Otra vez —exclamó ella—. Cada vez que hay tormenta ocurre lo mismo.

—Maldita sea —rezongó, aunque la costumbre de maldecir la hubiese adquirido precisamente en las largas horas de soledad, cuando últimamente su marido solía ir a Londres para hablar con los editores, a los que ofrecía su trabajo, o a Plymouth, para dar paseos en solitario e inspirarse—. ¡Maldita sea! —repitió en voz alta—. Si llamo por teléfono ya sé lo que me dirán... ¿Por qué diablos se le ocurrió comprar esta casa justamente aquí? ¡Yo no aguanto más!... No aguanto más...

El ruido en el primer piso había cesado, pero aquella extraña sensación de que «había alguien en la casa» no la dejaba.

Corrió al armario que había en el *hall*, lo abrió y extrajo su impermeable y tomó también un paraguas del paragüero.

Se dirigió hacia la puerta para salir.

Una ráfaga de aire frío azotó su rostro. Era casi una delicia sentirse vivir; sin embargo, el exterior estaba totalmente oscuro y el viento producía un extraño silbido que la sobrecogía.

Hasta para andar por fuera se le antojaba a Stella que era necesario armarse de valor.

Entonces escuchó claramente los pasos que provenían de la parte lateral de la casa.

Se volvió, ahogando una exclamación de angustia o de espanto.

Enseguida escuchó la voz del hombre:

—No pensará salir con este tiempo, ¿verdad, señora Brent?

Stella lanzó un suspiro y tuvo que apoyar fuertemente la espalda

en la esquina del portal para no caerse.

El hombre surgió de entre la oscuridad. Su silueta se recortó extrañamente y la muchacha, con las pupilas desorbitadas, se fijó en aquella aparición, mientras se sentía al borde del desmayo.

El hombre volvió a hablar:

—Siento haberla asustado, señora Brent; pasaba por aquí y...

Ella lanzó un segundo suspiro, soltando el aire de terror que había engullido momentos antes.

—¡Oh! Es usted, doctor Meredith...

—¿Está sola en casa?

—Sí, sí... —musitó ella—. ¿Quiere pasar?

—En realidad no tengo mucho tiempo. ¿Dónde está su marido?

—Ha... tenido que salir. No creo que tarde... Pero pase, doctor.

Se va a empapar.

El hombre se metió bajo la pequeña marquesina que cubría la entrada principal de la casa y murmuró:

—La verdad es que me detuve porque vi una de las ventanas de ese lado abierta de par en par y me pareció que... Bueno, no estoy muy seguro, pero creí que un pajarraco se metía dentro de la casa. Debía ser un pájaro perdido que trataba de guarecerse. Debe usted cerrar bien las ventanas...

—¿Ha dicho... un pajarraco? —murmuró ella, pensando en los ruidos que había oído momentos antes.

—Yo diría que sí, aunque su marido, con tan fértil imaginación, puede que pensara que es un vampiro —y el médico sonrió para añadir—: Supongo que sigue escribiendo sus relatos terroríficos, ¿eh?

—Bueno... es su oficio, tiene que escribir lo que le pidan.

—Debe ser divertido... crear situaciones de horror. A la gente le gusta horrorizarse; sobre todo los que tienen más miedo. Pero... ¿qué le ocurre, señora Brent? Parece que está usted temblando.

No es que lo pareciese. Stella Brent estaba temblando realmente.

—Es... el frío... —En realidad, había mucho del sistema nervioso en aquel contenido temblor.

—Pues entre usted... ¿Tiene encendido el hogar? Será mejor que se abrigue bien. No es bueno temblar.

El médico miró fijamente a Stella, que tuvo que rehuir la penetrante mirada de Meredith.

El silencio se hizo hasta embarazoso, hasta que el ruido del motor del coche lo rompió.

—¡Oh! ¡Es Henry, estoy segura!...

En efecto, los potentes faros de un coche taladraron la oscuridad y la fina cortina de agua, luego el automóvil enfiló hacia la casa y por un momento Meredith y Stella quedaron deslumbrados con los focos, que se apagaron en cuanto el coche quedó detenido.

De su interior saltó Henry, con el ceño fruncido y la mirada escrutadora.

—Buenas noches... ¿Pero qué haces aquí fuera, Stella? ¡Oh! Es el doctor Meredith... ¿Qué tal, doctor? ¿No quiere pasar? Luego entraré el coche, querida; ahora quiero un buen *whisky*... Con ese tiempo apetece... ¡Vamos, doctor!...

—No, no muchas gracias. Le estaba diciendo a su esposa que iba de paso —se excusó el médico.

—Como quiera... Me ha parecido ver su coche...

—Sí. Está allí al lado... Buenas noches, señor Brent. —Adiós, doctor... ¡Vamos dentro, nena! ¡Oh! Estás helada— dijo, acariciándole el rostro, y luego, al pasar dentro de la casa, añadió. —¡Y a oscuras como siempre! ¡Qué fastidio!

Desde fuera, el médico recomendó:

—¡Y no olvide cerrar las ventanas!

—Sí, sí, doctor, gracias —repuso ella.

Henry cerró la puerta.

—¿Qué pasa con las ventanas? —preguntó.

—En el primer piso hay una abierta. El doctor vio cómo entraba un pajarraco... Y la verdad es que he oído ruido.

Él la miró fijamente en silencio; su expresión era grave, pero enseguida se dulcificó y en la comisura de sus labios se dibujó una sonrisa.

—¿Miedo otra vez?

—Te dije que había oído ruido simplemente —se defendió ella.

Él amplió su sonrisa hasta insinuar una breve carcajada.

—¡Oh! No curarás nunca...

Nada molestaba tanto a Stella como que Henry la tuviera por una mujer miedosa.

—¡No he dicho que tuviera miedo! —exclamó.

—No... Claro. No lo has dicho —y Henry aumentó el volumen

de su risa.

—¡No te rías, Henry! No tiene ninguna gracia.

—No me río de eso, amor mío. Verás... Pienso que tus pretendidas penas se van a terminar muy pronto.

Ella no le hizo caso. La frase se le antojaba gastada de tanto oírla, porque para Henry todo iba siempre bien, a pedir de boca, y nunca faltaban proyectos que luego jamás se cumplían.

Él se aproximó para barbillearla, pero Stella se apartó con desdén.

—Déjame... Estoy nerviosa.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! No me pasa nada, déjame...

—¿Dónde ibas? —inquirió.

—¡Oh, a ninguna parte, Henry! Y enciende una vela... No me gusta estar a oscuras.

—No será por falta de luz. Yo no tengo la culpa de que cuando haya tormenta la quiten...

Encendió un fósforo mientras ella se quitaba la gabardina para dejarla en el armario y devolvía el paraguas a su sitio.

Apenas estuvo la primera vela del candelero encendida, cuando el *hall* y el *living* se inundaron de luz eléctrica.

—¡Más pronto la hubiera encendido! —sonrió él.

Ella permanecía inmóvil en la puerta, ya desprovista del impermeable y observando a su marido, que se aproximaba.

Alto, con arrogante cinismo, superior a todo y a todos los que le rodeaban. Así le veía ella y así se creía él. Stella le odiaba a veces por ese aire todopoderoso, por esa seguridad.

Y seguía avanzando.

—Te traigo una sorpresa... De una vez para siempre se habrán terminado todos los problemas... Podrás vender esta casa que tanto odias y elegir un sitio para vivir... ¿Te gustaría un lugar con playa y sol durante los doce meses del año? ¿Brasil, por ejemplo?

—¿De qué estás hablando, Henry? —inquirió ella, con frialdad.

—De nuestro futuro, Stella... Anda, prepárame algo de beber y siéntate; voy a encerrar el coche y vengo enseguida... Te daré una sorpresa que no esperas. ¡Ésta sí que no la esperas!

Ella hizo un mohín de desdén. No creía ni una sola palabra de lo que Henry la estaba diciendo.

El abrió la puerta, se plantó en el umbral y aún se volvió para mirar a su esposa. Seguía sonriendo con seguridad, con dominio, con el aire superior, cínico y dominante.

—Tengo ideas, ¿sabes?... Y ya era hora de que las pusiera en práctica para beneficio propio. Es decir, para nuestro mutuo beneficio. Espera... Es cuestión de un par de minutos, ¿eh?

Henry guiñó un ojo a su esposa y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO II

Henry permaneció fuera de la casa como unos diez minutos. Ella le oyó poner el coche en marcha y conducirlo hasta el garaje.

Mientras lo esperaba, conectó la televisión y le sirvió un *whisky*. Era otra de las cosas que odiaba: tenerle que preparar la bebida. Sabía que empezaría a beber, a beber, y así toda la noche si le daba por escribir, o simplemente por encerrarse en el torreón y pasar horas entre sus papelotes.

Estaba viendo sin ganas un programa musical cuando él apareció de nuevo, cargado con una maleta y un maletín.

Los dejó en el suelo, cerró la puerta y tomó de nuevo aquel equipaje para avanzar hacia ella.

Stella no le hizo ninguna pregunta.

—¿No quieres saber lo que hay aquí dentro?

Ella guardó silencio. En el piso superior se escuchó un ruido y algo parecido a un revoloteo.

Stella no pudo evitar un escalofrío que además de «sentirlo» lo exteriorizó ahogando una exclamación.

—¿Por qué no vas a cerrar esa ventana de una vez, eh?

«Lo dice para mortificarme —pensó ella—. Sabe que tengo miedo, pero que no se lo diré».

Se levantó y se dirigió hacia el piso superior como queriendo demostrar que no le importaba en absoluto hacerlo, pero sí le importaba, y mucho...

Subió después de dar al conmutador de la luz, que iluminó el rellano.

Procuró dominar su pánico a medida que iba ascendiendo por los peldaños.

No se volvió, pero adivinó la expresión burlona de su marido allá abajo.

«No te daré la satisfacción de reírte de mí», se dijo a sí misma.

Y llegó al rellano.

La habitación que tenía abierta la ventana sólo podía ser la del lado oeste. Era la que llamaban la habitación de los huéspedes. La puerta estaba cerrada por fuera.

Stella se aferró al pomo y durante unos segundos se armó de valor para abrir la puerta.

Lo hizo.

Algo se movió centelleante en la oscuridad.

—¡Aaaah! —gritó.

Lamentó no haberse podido contener, cuando vio el pajaraco revolotear un instante para, asustado, dirigirse hacia la ventana y desaparecer tras ella.

Entró en el cuarto, dio la luz y cerró la puerta.

Comprobó enseguida que un jarrón de la cómoda había caído al suelo. Era el ruido que había creído oír minutos antes.

El pájaro, en la oscuridad, debía de haber chocado. En el suelo encontró también excrementos del animal. Hizo un gesto de asco y por fin cerró la ventana.

Echó un vistazo en general y vio que todo lo demás estaba en orden. Quitó los fragmentos de vidrio del jarrón y los dejó sobre la cómoda.

—Luego arreglaré eso —dijo, en voz alta.

Volvió a salir y cerró la puerta. Abajo sólo se oía la voz del presentador del programa de televisión.

Bajó la escalera para reunirse nuevamente con su marido. Ni siquiera pensaba en la sorpresa de que él le había hablado.

La espalda de Henry cubría la mesa donde él había dejado las maletas que ahora Stella podía ver en el suelo, una al lado de la otra.

Se aproximó a su esposo.

De pronto él se volvió dejando libre la mesa. Los ojos de Stella se fijaron en lo que había en ella y se detuvo con la frente arrugada y las pupilas desorbitadas, pero esta vez no eran de terror precisamente.

Lo que había sobre la mesita era... una auténtica montaña de dinero.

—Bueno... acércate, tócalo con tus propias manos... Supongo que no es necesario que te diga qué es.

Ella no atinaba a hablar.

Se aproximó y sus manos casi se resistieron a avanzar hacia aquellos fajos de libras esterlinas.

—Vamos, vamos... Tócalo. Es auténtico.

—¡Dinero! —exclamó ella, en un susurro.

Por fin alcanzó un fajo y observó los billetes con auténtico anonadamiento.

—Casi un millón de libras. Ochocientas cincuenta mil, poco más o menos.

No. No se atrevía a hacer ninguna pregunta. Las palabras se negaban a surgir de su garganta. Sus ojos se volvieron hacia su marido, esperando una explicación.

El programa musical de la cadena de televisión que estaba funcionando en aquellos momentos había enmudecido y la voz del locutor sonaba para informar:

—Último boletín de noticias...

El matrimonio permanecía silencioso. Ella seguía esperando una explicación.

Henry permanecía igualmente callado con expresión divertida. Para el escritor, el rostro de su esposa era todo un poema.

Otra voz en la pantalla suplió a la del presentador del programa musical para decir:

—La policía se halla trabajando activamente para descubrir a los autores del robo de esta tarde...

Stella oía perfectamente lo que el locutor estaba diciendo, pero no apartaba los ojos de su marido.

Y mientras, las cámaras de la televisión enfocaban el lugar donde se había cometido el delito.

Todo lo que decía el locutor iba viéndose a través de la pequeña pantalla:

—Se supone que el ladrón o ladrones entraron por la azotea y se deslizaron a través de uno de los tubos de calefacción que conduce hasta el sótano.

Las cámaras mostraban un piso vacío donde permanecía abierta una ventanilla que comunicaba con un tubo lo suficientemente ancho para que pudiera deslizarse una persona más bien delgada. Henry Brent era delgado.

Otro plano enfocaba el cuarto de las calderas en los subterráneos

de un edificio y el locutor proseguía:

—Es por aquí por donde el ladrón consiguió llegar, y avanzó por este corredor hasta la puerta blindada, que suele estar vigilada por dos guardas...

»Los guardas, que siguen en el hospital en observación, aseguran haber visto de repente aparecer un hombre con el rostro cubierto por una careta antigás. Antes de que pudieran reaccionar, ese hombre enmascarado soltó unos gases que atontaron a los dos guardianes. De este modo pudo hacerse con las llaves y pasar al departamento de seguridad en el momento en que los cajeros iban a depositar el dinero sobrante de las operaciones del día...

La cámara enfocaba ahora la antesala de la caja fuerte del Banco.

Y el locutor proseguía la hipotética explicación.

—La exactitud con la que se realizó el golpe indica un perfecto conocimiento de las costumbres del establecimiento y el exacto cronometraje de los movimientos. No cabe duda de que quienes lo planearon tuvieron que haber estado en el lugar para estudiar no sólo la situación, sino conocer al detalle la forma de proceder de los encargados de abrir y cerrar la caja y el momento oportuno que ello tiene lugar diariamente.

Stella continuaba con la mirada atenta a su marido, que no había perdido en absoluto su expresión risueña.

Ahora, el locutor pasaba a informar de otros detalles.

—Cuatro cajeros, dos guardianes y tres apoderados acababan de descender al sótano, cuando de pronto apareció el mismo hombre de la máscara antigás. Se supone que dicho individuo debió permanecer oculto en el pequeño trastero que hay entre la puerta blindada y la antesala de la caja, para salir en el momento oportuno.

»Cuando los nueve hombres se dieron cuenta de su presencia, el gas les fulminó, dejándoles sumidos en la inconsciencia. El ladrón dispuso de unos preciosos minutos para apoderarse del dinero, que se cifra, según las primeras impresiones, en unas ochocientas cincuenta mil libras».

Stella murmuró:

—Roscoe y Dulles, banqueros... Willy Sandler trabaja allí. Fuiste algunas veces a pedirle algunas informaciones... el año pasado.

—Siempre me gusta trabajar con informaciones exactas, querida. Procuro que mis novelas respiren siempre el mayor verismo posible...

El locutor proseguía:

—El ladrón tuvo tiempo de llevarse el dinero y salir por donde había entrado... Ello hace suponer que alguien provisto de una cuerda... la misma que sin duda utilizó para deslizarse, estaba esperando en la azotea y por allí, por ese mismo tubo —la pantalla reflejaba nuevamente el lugar—, desaparecieron las ochocientas cincuenta mil libras y el hombre que tan hábilmente supo apoderarse de ellas.

»Es posible que cuando, seis minutos más tarde, sonaran los timbres de alarma, el ladrón y sus cómplices descendieran por el edificio contiguo y en uno o varios coches se alejaran de las inmediaciones del Banco».

Ahora, en la pantalla, aparecía la entrada principal de un Banco. El nombre era Roscoe & Dulles.

Lentamente, Henry Brent se aproximó al televisor y lo desconectó.

—Ahora escucha la segunda parte de mi plan, querida —y tomó el vaso de *whisky*, sentándose cómodamente en uno de los mullidos sillones. Ella seguía inmóvil, petrificada aún.

CAPÍTULO III

—No, Henry... No es así como yo quería la prosperidad... Esas cosas nunca salen bien... Sandler se acordará, puede que lo comente con la policía y vendrán a buscarte... Te harán preguntas... No es tan fácil como en tus novelas. ¿Sabes? No... Mentir no es fácil. Ellos saben descubrir las mentiras... ¿Qué será de nosotros, Henry?

—¿Has terminado ya con tus histerismos, querida?

—¡No son histerismos! Tú nunca quieres escucharme. Todo lo que yo razono te parecen estupideces... Te crees fuerte e inteligente, superior a todos...

—Anda, suéltalo todo de una vez. Será mejor así; luego hablaremos en serio.

—¡Claro! ¡Ahora dices lo que piensas! Yo no soy capaz de hablar en serio, ¿verdad? Para ti no soy más que una pobre idiota...

—A veces te comportas como si lo fueras.

—¡Oh! No... No... Esto es demasiado.

—¿Quieres, callar y escucharme?

—¡No!

Él se puso en pie de un salto y se plantó delante de su esposa.

—¿Me dejas hablar?

—No seré tu cómplice en esto. ¡No! ¡No!

Estaba en plena crisis. Henry le propinó un par de bofetadas tan fuertes como sonoras.

Stella estuvo a punto de perder la respiración.

—Ahora está mejor. Siéntate y escucha...

Stella obedeció como un autómatas. El volvió a llenarse el vaso hasta la mitad y tomó otro sorbo de *whisky*. Estaba perfectamente sereno.

—Tenemos un par de días... Sandler es lento de ideas, y la policía no puede interrogar a todos a la vez, suponiendo que Sandler explique que el año pasado yo estuve viendo las

instalaciones, no van a sospechar de mi enseguida. Pero supongo que vendrán por aquí. Lo que ocurrirá es que no van a encontrarme.

Stella no hizo el menor comentario. Él tomó otro sorbo de *whisky* y continuó:

—No me importa que me crean autor del robo. Lo interesante es que no puedan probarlo. Y no lo probarán. Mi plan es el siguiente...

Se retrepó en la butaca y vació su vaso antes de proseguir:

—Mañana saldré de aquí como cada día. Pasaré por los mismos lugares y saludaré a la misma gente. Me dirigiré hacia Plymouth por la carretera de Seters... Allí mi coche se despeñará por un precipicio. Cualquiera de los que van directamente al mar. Por supuesto, no seré yo quien caiga con el coche, pero eso es lo que creerán todos.

Ella seguía en silencio, con los ojos entornados, como si le asqueara escuchar todo aquel plan, en el que no quería ser partícipe.

—Naturalmente —siguió el escritor—, cuando a la hora que suelo regresar no esté de vuelta, tú seguirás esperando. No es conveniente que avises a la policía inmediatamente...

Ella levantó los ojos y pareció que iba a decir algo, pero Henry pareció adivinar sus pensamientos y se le anticipó.

—No te pido que hagas ninguna comedia; únicamente, que hagas un par de llamadas a los sitios donde yo suelo ir para preguntarles si me han visto y a qué hora he salido...

Luego, pasado un tiempo prudencial, avisarás a la policía...

Por parte de Stella, continuó el silencio. Él se sirvió un tercer *whisky* y continuó:

—Por si sientes algún temor, debo añadir que no tendrás por qué mentir. Simplemente, insistir en que debería estar en casa. Nada más. ¡Ah! Para que no te encuentres sola, avisaré a Cintya.

—¿Cintya Simmons? —inquirió ella, rompiendo su mutismo.

—Sí. Ya sabes que es una chica con iniciativas... Ella te dará más ideas de las que a ti se te puedan ocurrir.

—Claro. Ella no es idiota —repuso Stella, sarcástica.

—No empecemos otra vez. Cintya demostró lo que valía cuando la tuve de secretaria. Fue una lástima no poderla mantener.

—Por si acaso, ya la ves de vez en cuando —murmuró ella, con desdén.

—Sé que nunca te ha sido simpática, pero tampoco tienes motivos para creer que a mí pudiera gustarme de un modo extraprofesional.

—No, eso no... Pero es una lástima que no la conocieras antes que a mí. ¡Tiene todas las cualidades!

Él quiso cortar todo lo que le apartara del asunto.

—Bueno. La policía dará con el coche... En el lugar donde «caiga» ya procuraré que sea uno de esos sitios profundos en los que con los movimientos de la marea sea prácticamente imposible recuperar un cadáver. La presencia de mi coche destrozado en el fondo del precipicio será la mayor prueba de que yo habré desaparecido.

—Si te parece tan fácil —murmuró ella, con un leve toque burlón en su voz.

—Lo será.

—¿Y luego?

—Puedes vender la casa. Es tuya y vale mucho dinero. Eso justificará el que lo tengas y puedas emprender un largo viaje. Al Brasil. Allí nos reuniremos.

—¿Eso es todo?

—Te esperaré en el aeropuerto de Río de Janeiro. Mi nuevo nombre será William Burton —y sacó de su bolsillo un pasaporte con una fotografía suya con un peinado distinto y un bigote postizo. Lo dejó entre el dinero.

Ella tomó el documento y, tras observar la fotografía, murmuró:

—¿Desde cuándo lo habías planeado?

—Desde hace un año.

—Ese pasaporte es falso.

—En absoluto. Es auténtico. Ya tendremos tiempo en Brasil de explicarte los pormenores. Todo ha sido perfectamente calculado. Nada puede fallar.

—¿Y eso...? —señaló el montón de fajos, que seguían sobre la mesa.

—Ahora lo enterraré en el jardín. Ya vendré por él en su momento.

—¿Lo llevarás tú?

—Sí. Es una responsabilidad que quiero quitarte de encima. Aunque confié en que no tendré dificultades, va a ser el momento

más arriesgado. Me refiero el de la salida de Inglaterra. Pero es un riesgo que hay que correr, y como siempre, no voy a dejarle la parte peor para ti. Prepara algo de cenar. Yo esconderé esto.

Henry concluyó su *whisky* y en pie frente al montón de libras sonrió como un pintor ante su obra maestra. Luego ella le vio coger algún dinero y metérselo en el bolsillo.

Y como si hablara consigo mismo, dijo:

—Ya sólo me quedaban unos peniques. Me irá bien para pagar la cuenta de la bodega y el tabaco. Será el primer sitio donde iré mañana cuando salga de casa. ¿Necesitas tú algo?

—¡No, gracias!

—No lo desprecies, cariño. Vamos a vivir de él... durante el resto de nuestra vida.

—Si me divorciara de ti y te denunciara, Henry...

—No lo harás, querida. Sé que no lo harás. En el fondo tú también eres una egoísta. Por esto sé que no lo harás.

Se miraron casi con altivez durante diez segundos, luego ella se dirigió hacia la cocina, mientras él volvía a meter el dinero en la maleta grande y en la pequeña para salir fuera.

Durante un buen rato, y mientras seguía lloviendo, Stella escuchó, o creyó escuchar, el batir de las herramientas en el suelo, donde él practicaba el agujero para enterrar aquella fortuna.

Aquella noche no constituyó ninguna excepción para las costumbres del escritor.

Stella, en la cama ya, completamente desvelada, como casi siempre, pero aquella noche con más motivos que nunca, podía oír perfectamente el teclear de la máquina de escribir de su marido.

Tac, tac, tac... Tacacacac... Tac, tac.

Era un sonido familiar, como siempre; un sonido que, a pesar de la solidez de las paredes, llegaba hasta sus oídos, ahogado, lejano, y a veces más lo intuía que lo escuchaba.

Y la máquina, impulsada por los hábiles dedos de Henry, seguía tecleando.

Tac, tac... Tacacacacac, tac, tacatac, tac...

La mujer se levantó y se aproximó al ventanal. El viento batía las desnudas ramas contra los cristales, pero por una vez procuró templar sus nervios a pesar de la voz de Henry. Una voz que oía

dentro de sí:

«A veces te comportas como si fueses una idiota». Pensó en el dinero, en el plan.

Stella lanzó un suspiro y salió de la habitación. Cerca de la puerta arrancaba la escalera que subía hasta el desván y luego en el mismo rellano superior estaba la puerta del torreón.

—¡Henry! —llamó.

Lo hizo un par de veces. Sabía que su marido podía oírla, y así fue.

Primero escuchó las pisadas sobre los peldaños de madera de la breve escalera que iba desde la puerta hasta el torreón, luego se abrió la puerta de crujientes goznes y apareció la cabeza de su marido.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué das esas voces?

—Es que... ¿Vas a estar trabajando toda la noche?

Desde arriba, Henry contestó:

—Ya te he dicho que todo tiene que suceder con absoluta normalidad, como siempre.

—Está bien... Es que pensé que...

—No ocurre absolutamente nada que pueda hacernos variar nuestras costumbres. ¿Está claro?

—Sí, sí, perdona —musitó ella.

Él sonrió.

—Y la verdad es que estoy terminando una novela que me sale redonda... Una idea genial —y extremando su tono sarcástico, añadió—: No me extrañaría que el editor quisiera comprármela... «después de que haya muerto». Esas cosas suelen ocurrir... Buenas noches, querida. Descansa y no me esperes.

Cerró de nuevo la puerta y Stella pudo escuchar los pasos de Henry subiendo el corto tramo hasta la planta del torreón. Momentos después, el tecleto de la máquina anunció que continuaba escribiendo.

Fuera, más que verse, se adivinó la silueta de un ciclista que se detuvo cerca de la casa. Era el policía Mallory, del puesto de la villa, que efectuaba su rutinaria y diaria ronda.

Se adentró por la casa, observó unos instantes y se fijó en las huellas del automóvil de Henry. Sin duda, le eran familiares. Volvió a su bicicleta y se alejó.

Eran las once de la noche. Stella seguía pegada a los cristales del ventanal. Había dejado de llover y el viento seguía azotando las desnudas ramas.

La máquina de Henry seguía trabajando. Henry debía estar ante una buena idea porque el tecleto era rápido, muy rápido.

La silueta del policía montado en la bicicleta se había perdido en la oscuridad.

CAPÍTULO IV

Eran las 8,30 de la mañana cuando Cintya Simmons se despidió para tomar el teléfono que repiqueteaba sobre la mesilla de noche.

Su apartamento se hallaba un tanto desordenado: ropa desperdigada, bolsas con comestibles que esperaban ser almacenados en alguna parte. Había libros, un magnetofón, un estuche de una máquina de escribir portátil, y otra sobre una mesa con unas cuartillas holandesas a medio escribir. Otro montón de páginas escritas, desordenadas, estaba al lado y un pisapapeles sostenía abierta la página de un manuscrito corregido.

Cintya tomó el teléfono y consultó el despertador de la mesita de noche.

—¡Oh! Ni siquiera la dejan dormir a una —se aplicó el receptor a la oreja y añadió de mala gana—: Diga.

Al otro lado sonó una voz conocida.

—¿Estabas durmiendo, Cintya? Siento haberte despertado... ¿Me conoces, verdad? Soy Henry Brent.

—¡Henry! —exclamó, más animada.

—¿Mucho trabajo?

—Lo de siempre... Estuve dándole a la máquina hasta las seis... Y todavía no he terminado este maldito trabajo. Es más aburrido... Al menos si fuera algo interesante como lo que tú escribías...

—De eso quería hablarte, Cintya. Ven esta tarde. Puede que necesite tu colaboración. Puedes quedarte a cenar y después hablaremos.

—¿Esta tarde? No sé si podré... Todavía me faltan veinte páginas por lo menos y la verdad es que...

—¿Qué son veinte páginas para la mecanógrafa más rápida? ¡Haz un esfuerzo!

—Bueno, pero es que... tenía una cita.

—¡Oh, Cintya! ¡Cuántos inconvenientes!

—Está bien, está bien, sé que acabarías convenciéndome... Además, adoro tu casa y tú lo sabes. ¿A qué hora quieres que vaya?

Antes de colgar el teléfono de su casa, Henry dijo:

—A partir de las tres. Yo tengo que hacer un par de cosas. Si no estuviera cuando llegues, Stella te atenderá. Ya sabes que le encanta verte...

Stella estaba junto a su marido y volvió la cabeza, murmurando:

—Farsante.

Cintya comentó:

—¿Estás seguro que le soy simpática? Yo creía todo lo contrario...

—Hasta luego, Cintya —y Henry colgó, volviéndose hacia su mujer.

—Ya sabes. Estará aquí a partir de las tres. Le dices que yo no volveré hasta las cinco, que he ido a ver a Curtenay y a Smith y...

—¿Tengo que darle tantas explicaciones?

—Es para que puedas hablar de algo mientras me esperas —atajó él, con frialdad. Y se dirigió hacia la puerta. Llevaba ya el impermeable y tomó el sombrero a cuadros que colgaba cerca de la entrada.

—¿Vas a salir?

—¿A ti qué te parece?

—No has dormido en toda la noche.

—¿Es la primera vez que doy mi paseo matinal sin haber dormido?

—No, claro. Pero es que...

—¡No pasa nada! Todo es normal... Saludaré al agente Robson como siempre y a la chismosa señora Flanagan, también como siempre. Me preguntarán si he estado trabajando. «¡Oh —añadió, imitando una voz en falsete—, tiene usted mal aspecto, debería descansar! No es bueno para la salud estar sin dormir». —Y luego con su propia voz, contestó—: «Es la costumbre, señora Flanagan...». ¿Entiendes, estúpida? Es la costumbre.

Ella fingió no escuchar el insulto y se limitó a preguntar:

—¿Y el otro?

—¿Eh?

—El otro...

—¿A qué te refieres?

—Al que tiró de la cuerda.

—¡Ah! Tienes buena memoria para según qué cosas. No te preocupes por el «otro». No le verás.

Henry salió de la casa.

Más adelante, en su rutinario paseo por la húmeda tierra, se cruzó con el agente Robson. Hablaron de la sempiterna inclemencia del tiempo y el agente continuó su ruta sobre la bicicleta.

Luego, a casi un kilómetro en la casa más próxima, la señora Flanagan estaba tendiendo la ropa. Siempre tendía ropa.

—Espero que hoy se me seque... Pero está otra vez para llover... Yo no creo en las secadoras automáticas. Los tejidos necesitan aire y sol... Bueno, al menos aire. El escritor escuchó con la misma sonrisa de fastidio de siempre. Luego ella habló del aspecto que tenía y él contestó lo mismo de siempre.

Volvió al cabo de un par de horas y encontró a Stella, que acababa de regresar.

—He ido a comprar y, «como de costumbre», no he pagado —dijo, con sarcasmo.

—Bien hecho. ¡Ah! ¿Has ido con el coche?

Ella señaló la bicicleta que estaba junto a la entrada.

—Cierta vez lo cogí y una persona puso el grito en el cielo. Ya no he vuelto a tomarlo.

Utilizo siempre la bicicleta. ¿O es que no te habías enterado?

—Te lo decía simplemente porque le falta gasolina. Se la pondré cuando salga, después del almuerzo.

Luego, sin más palabras, se encerró en su habitación para descansar.

Ella conocía de sobra la rutina. Se levantaría cerca de la una, tomaría una ducha y bajaría para el almuerzo, luego saldría para... donde le diese la gana.

Así sucedió. A la una más o menos, como si todo fuera normal de verdad, él entró en la ducha, luego se puso, una camisa limpia y un traje deportivo, pantalón gris y chaqueta de cheviot a cuadros con un «fulard» al cuello. Tras tomarse una taza de caldo preparado y unas lonchas de jamón, consultó su reloj y murmuró:

—Bueno. Esto es como una despedida.

Por unos instantes la angustia se reflejó en el rostro de la mujer.

—Todo saldrá bien. Ven, acércate... Quizá no hayamos llevado la clase de vida que tú hubieses querido, pero ahora voy a compensarte.

—¡Henry! Todavía hay tiempo... Devuelve el dinero. Puedes mandarlo por correo con una carta anónima...

—Pero ¿qué dices?

—Sé que como siempre... lo que yo digo puede parecer una estupidez, pero...

—Vamos, vamos. He estado un año planeándolo.

—Henry.

—¡Basta ya! Sólo pretendo darte un beso. Puede que a lo sumo estemos separados dos semanas. Procura vender pronto la casa cuando... bueno, cuando hayan confirmado mi muerte.

Besó a su esposa. Trató de hacerlo de una manera menos fría de lo acostumbrado últimamente. Ella se separó.

—Henry.

—¡He dicho que basta! ¡Es todo normal! ¡Entiéndelo de una vez! Esto es serio. Si tuviera que pedirte consentimiento por las cosas... discutiríamos durante un año sin llegar a ninguna parte.

Ella bajó la cabeza.

—Cuando nos reunamos de nuevo todo será distinto... Si alguna vez has lamentado haberte casado conmigo, cambiarás de opinión. No te faltará nada...

—En Brasil...

—¿Y qué más da? ¡Nunca estás contenta con nada! ¿Es que aquí hay algo bueno? ¡Y si lo hay qué! Con dinero se puede vivir en todas partes. Estoy harto de bruma, de lluvia... y de soportar siempre las mismas caras y oír las mismas palabras. Adiós, Stella. Tú serás la primera en agradecerme.

Y tras un breve silencio la barbilleó, la besó suavemente. Ella cerró los ojos, pero no participó de forma activa en el beso del marido.

Se mostraba sumisa, como siempre él la había conocido, desde el primer día.

Quizá al escritor, siempre con la mente ocupada, le desfilaron todo un mundo de recuerdos referidos a su dulce y tímida Stella...

«A menudo los idiotas son dulces porque no pueden ser otra cosa», pensó. Era una frase que la había utilizado muchas veces, e

incluso la había dicho a su mujer.

—¡Hasta Río! Ya sabes mi nuevo nombre. Si algo va mal, llámame, me hospedaré en el Río Blanco Hotel. William Burton. No lo olvides.

No. No era una despedida épica. Ni siquiera para quien, como Stella, supiera de la frialdad de Henry, se podía aceptar aquel adiós a un viejo sistema de vivir como algo normal. Hubiera debido de suceder otra cosa, pero no...

Y ella lo aceptó con naturalidad, y le vio alejarse, luego entrar en el garaje y después salir con el «Porsche». Otra de sus adquisiciones valiosas de los tiempos de las vacas gordas, un derroche.

Se alejó dejando grabadas las huellas de sus neumáticos.

El rostro de Stella pareció endurecerse tras una pugna por llorar, por mantenerse serena.

Henry conducía feliz. Eran las dos de la tarde, quería pasar por las tiendas y saldar sus cuentas.

La villa estaba a un par de kilómetros, no tenía ninguna prisa en llegar. Era como si quisiera saborear aquel paisaje que un día aceptó como el sueño dorado de su vida.

Llegó al fin a la villa y fue hacia la bodega. Pagó la cuenta.

Habló unos instantes con el patrón sobre los asuntos.

—Pues sí... se va haciendo. Un profesional siempre debe trabajar. Sí, sí, le regalaré un ejemplar de mi próximo libro...

Y se fue maldiciendo con una sonrisa en los labios:

—¡Farsantes! —murmuró cuando ponía nuevamente el «Porsche» en marcha—. No sois capaces de gastaros unos chelines para leer un libro. Queréis que todo os lo regalen... ¿Me regaláis acaso el *whisky* que bebo? ¡Bah! Idos al diablo. Os perderé de vista... Para siempre...

En la estación de gasolina se hizo llenar el depósito.

—Es usted matemático... Gasta siempre lo mismo...

—La verdad es que no llevo la cuenta... Yo pienso que cada vez se acaba más pronto la dichosa gasolina. Bueno, no es que las cosas vayan mal, pero yo le llamo a esto un gasto a fondo perdido...

—Pero tiene usted un buen coche...

Pagó el importe del tanque lleno y se dirigió hacia la carretera.

El encargado de la gasolinera sacudió la cabeza y comentó con

el patrón:

—Ya quisiera vivir como él. Una casa que vale una fortuna y la vida que se pega... ¡Esa gente siempre se queja!

Fue el patrón quien mirando al suelo, señaló:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

—¿Eh? —El encargado se fijó en la mancha que había quedado —. Eso no estaba allí antes.

Se agachó y pasó la yema del dedo índice por el líquido que había caído.

Tras una comprobación, exclamó con aire de quien conoce su oficio:

—¡Líquido de frenos!

—¿Del «Porsche»? —preguntó el patrón.

—¡Cielos! Debe de tener una avería... ¡Y se dirige hacia la carretera!

El patrón se volvió hacia el auto que ya estaba demasiado lejos para que su conductor pudiera atenerse a cualquier seña.

—La carretera de la costa —murmuró el hombre presintiendo el peligro.

—Si va perdiendo así no podrá frenar... ¿Qué podemos hacer para avisarle?

De hecho ya no podía hacerse nada. Absolutamente nada...

Y el «Porsche» iba perdiendo líquido... Mucho líquido. En un momento determinado no sería posible utilizar el freno.

Henry Brent conducía ya por la carretera descendente y sinuosa. Su expresión era feliz. Sonreía ampliamente y silbaba una tonadilla. Las curvas se sucedían cada vez con mayor peligrosidad. Pero él conocía bien la carretera y desafiaba el peligro. Le gustaba hacerlo.

Desafiar los riesgos parecía lo suyo.

CAPÍTULO V

Rex Prentice esquivó el poderoso puño que iba directo a su mentón, pero no pudo evitar el gancho que le había destinado su segundo antagonista.

Rex, alcanzado de lleno, midió el suelo de aquella sórdida habitación subterránea desprovista de toda clase de muebles.

Se incorporó con agilidad y se plantó ante sus dos enemigos. Eran dos auténticos gorilas por su estatura y corpulencia. Sus narices achatadas y la expresión entre adormilada y estúpida les daba apariencia de veteranos púgiles «sonados» ya por los muchos golpes recibidos en los *rings*, pero fuertes aún y ágiles.

Rex se lanzó de cabeza contra el abdomen del que tenía más cerca y lo mandó contra la pared. No esperó su reacción, sino que se revolvió para hacer frente al otro que intentaba ya golpearle por la espalda con el canto de la mano.

Rex esta vez esquivó el golpe al par que atacaba con la zurda el hígado de su rival.

El hombre se inclinó ante la contundencia del golpe y no pudo cubrirse cuando Rex le atizó en plena mandíbula.

El que había dado con la espalda contra la pared se incorporó jadeante para pasar de nuevo al ataque, pero Rex estaba ya al quite, con la mirada despierta y los reflejos en pleno funcionamiento.

En el umbral de la puerta de la estancia se hallaba una muchacha joven y de sinuosas líneas. La falda corta era un atractivo más en la mujer que en aquellos momentos parecía tener prisa:

—¡Vamos, Rex! No puedo esperar.

Rex parecía tener trabajo con el mastodóntico gorila que se le venía encima, al cual esquivó con un amago para golpearle en el rostro. Golpe que el tipo aguantó bien para pasar al contraataque.

—Lo siento, Rex. Ya te llamaré por teléfono.

—¡Maldita sea! —exclamó el aludido. Y esquivó nuevamente el

golpe de su rival para revolverse contra el otro que se levantaba jadeante.

—¿No crees que por hoy ya está bien? —rezongó el segundo rival del joven.

Rex levantó los brazos.

—¿Qué pasa? ¿Tan pronto y ya estáis cansados? —Gruñó.

El que parecía más entero espetó:

—Bueno... Se nota que no has probado tus propios golpes.

—Hago «pupa», ¿eh? —sonrió Rex—. Esto es lo bueno... Y conste que no pego en serio. No quiero estropearos...

Rex se volvió hacia la muchacha. Era Cintya. Cintya Simmons.

—Lo siento, querida. Es mi hora de entreno.

—¡Rex! Estoy tratando de decirte que no podremos salir esta tarde...

—Esto ya lo he oído, encanto —sonrió él tomándola por el hombro para empujarla hacia el corredor al otro lado de la puerta.

—Pero es que me voy ahora mismo —insistió ella.

Rex se volvió para hablar con los dos gorilas que le seguían.

—Bueno, chicos... Mañana volveremos. A la misma hora, ¿eh?

—¿Quieres entrenarte cada día, Rex? —preguntó uno de los dos hombres.

—Es necesario estar en forma, Adam.

—Tú estás en forma —espetó el otro.

—Porque practico... Así que mañana os quiero de nuevo aquí. ¿De acuerdo?

Se alejó con la muchacha, mientras el llamado Adam murmuraba en plan de crítica.

—Quiere estar en forma y se va con chicas... ¡Qué generación! No es como nosotros...

—¿De qué hablas, Adam? —Gruñó el compañero—. Éste sabe cuidarse mejor aunque vaya con chicas... Pega como una mula.

Rex había entrado en una pequeña habitación de la que colgaba un grifo a modo de ducha. El suelo era de cemento. Ella insistía mientras él comenzaba a desnudarse.

—El *bus* sale dentro de diez minutos. Tengo el tiempo justo...

—Entonces, ¿no puedes esperar ni siquiera que me duche? —inquirió él ya con el torso desnudo.

—No, no puedo. Ya te lo he contado. Henry Brent quiere hablar

conmigo de trabajo. Y me agrada trabajar con él. Paga bien, el trabajo es poco y vivo en su casa que es una maravilla.

—Soy el hombre más desgraciado del mundo —murmuró Rex—. Me quitan la licencia, me sacuden mis entrenadores y encima me birlan la mujer...

—Oye, rico... la licencia te la quitaron por demasiado bruto... Si te dejas sacudir por mantenerte en forma es asunto tuyo y en cuanto a lo de quitarte la mujer es mentira... porque yo no soy tu mujer... a menos que te refieras a otra.

Rex empezó a quitarse los pantalones.

—Si hubieras querido casarte conmigo cuando te lo pedí, ahora...

—No sigas. No soy una muchacha interesada, no busco a un millonario, pero de eso a tener que esperar a que mi marido tenga trabajo para comer un bocadillo...

—¡Hambrienta! Siempre estás hambrienta. Yo no sé cómo diablos no engordas.

—Rex, yo no dudo de que seas el mejor detective privado de nuestro país, incluso del mundo, pero en el tiempo que te conozco ya te han quitado dos meses la licencia. ¡Y no te quites el *slip*!

Rex dejó su acción y se aproximó a ella.

—Querido... si quieres impresionarme haciendo *strip-tease*, te aseguro que yerras el camino. Me voy. No quiero perder el autobús.

Él se aproximó, la rodeó y la besó sin palabras. Cintya casi se desvaneció en los brazos de aquel hombre fuerte, varonil y experto.

—¡Uf! —bufó cuando se sintió libre—. Eres un bruto... Un adorable bruto.

—Quédate.

—Me voy, pierdo el autobús.

Y le dejó.

Rex sonrió.

—¡Oh...! Mujeres desagradecidas y adorables... Materialistas y hermosas... ¿Qué sería de mí sin vosotras?

Y el recorte de periódico decía:

«El detective penetró en la habitación conyugal, y sin ningún respeto a la intimidad arremetió contra el marido mientras su esposa se cubría púdicamente...

Luego se disculpó diciendo: “Perdón, me equivoqué de apartamento”».

Y en la fotografía aparecía el rostro sonriente de Rex Prentice, detective privado.

Cintya sonrió y sacudió la cabeza mientras guardaba el recorte dentro del libro que tenía en la mano, sentada junto a la ventanilla del autobús que la llevaba a casa del escritor Henry Brent.

El «Porsche» cruzó por la derecha del vehículo[1] y ella no pudo verlo. Llevaba ya veinte minutos en el autobús que conducía hasta la villa y le quedaba otro tanto de trayecto, lo que significaba que también el conductor del «Porsche» se hallaba en mitad de camino, justo donde las curvas se hacían más pronunciadas.

El conductor del «Porsche» era Henry Brent, que había sustituido su silbido tonadillero por la radio del coche. Una emisora daba música moderna. Los Beatles estaban en antena en una de esas melodías posteriores a su fama, cuando su música tenía de veras algún significado y era apta para ser escuchada sin sentir calambres en todo el cuerpo.

Henry seguía feliz y aceleraba. Aceleraba porque le gustaba correr. Aceleraba porque «no iba a ninguna parte». Era su último viaje... y pensaba en el Brasil, en la hermosa bahía de las playas, en el Río Branco Hotel del que conservaba en la retina la imagen de un folleto de propaganda tomado de una agencia de viajes.

Henry Brent observaba a través de los acantilados el enfurecido Atlántico cuando la marea de la tarde comenzaba a subir y a cubrir las rocas que en la bajamar quedaban al descubierto.

Su cuentavelocidades indicaba los ochenta kilómetros. Era temerario en una carretera como aquélla.

Sonreía, sin embargo, con la seguridad que siempre le había caracterizado.

Se aproximaba a una curva de la que surgió de improviso un camión y pisó el freno.

No respondió.

Volvió a pisar a fondo y el coche siguió a la misma velocidad.

Esquivó el camión, bordeando peligrosamente el precipicio. El conductor del otro vehículo masculló algo que el escritor no pudo oír.

Henry acababa de comprobar la anomalía de los frenos, pero no por ello aminoró la velocidad.

—¿Qué diablos pasa? —se dijo a sí mismo.

Venía otra curva y la dobló con su maestría habitual, luego una recta de unos diez metros.

El paisaje era siempre el mismo. Montaña a su izquierda y el precipicio constante a su derecha.

Llovía. Más bien lloviznaba y el limpiaparabrisas funcionaba para mantener limpio el cristal.

Henry intentó probar los frenos de nuevo y el coche patinó. Se acercaba la otra curva.

En lo alto, en la parte derecha, una roca saliente parecía estar a punto de desprenderse para caer sobre la carretera.

Henry salvó la curva y viéndose en la imposibilidad de frenar dejó de pisar el gas, pero el «Porsche» iba embalado por la inercia, y además la pendiente era cada vez más pronunciada.

Intentó frenar nuevamente al iniciarse la siguiente curva. Las ruedas traseras del vehículo patinaron. Derrapó.

Puso de manifiesto toda su habilidad de conductor intentando evitar la catástrofe. Las ruedas seguían patinando hacia el lado derecho. Intentó lanzar el auto sobre la cuneta opuesta, hacia la parte montañosa, pero fue inútil, el «Porsche», a ochenta por hora, dio una vuelta completa como un carrusel, y cuando estuvo nuevamente de frente las ruedas delanteras alcanzaron el vacío.

Henry, con los ojos desorbitados por el terror, comprendió que iba a despeñarse. Instintivamente alcanzó la puerta intentando abrirla.

El coche se despeñó, rodando durante un par de segundos por la pendiente casi vertical; luego, por el mismo impulso, se separó de la pared del precipicio. Chocó contra las rocas de un terraplén a unos treinta metros más abajo. Dio un par de vueltas de campana como si se tratara de un juguete frágil. Cayó por fin chocando contra las rocas puntiagudas y desiguales del fondo, cuando la pleamar comenzaba a ocultarlas.

El depósito estalló, pero el agua, cada vez más furiosa, apagó pronto el fuego.

Nadie había presenciado el accidente y en pocos minutos las olas ocultaron el vehículo, cuando se desencadenaba nuevamente la

tormenta.

De unas curvas más arriba la roca saliente se desprendió con gran estrépito y dejó la carretera cortada.

Un vehículo descendente se detuvo al no poder pasar. El conductor, un hombre, dijo a la mujer que le acompañaba:

—Hay que avisar —dijo—. Daré la vuelta para llamar por teléfono a la policía. Estas piedras podrían ocasionar algún accidente.

Abajo, el mar había cubierto la superficie rocosa. No había el menor rastro del coche, ni de Henry Brent.

CAPÍTULO VI

Eran poco más de las tres cuando Cintya Simmons llamó insistentemente a la casa de los Brent.

Protegida bajo la marquesina de la entrada, aguardó a que la abrieran, pero llegó a la conclusión de que no había nadie.

Había tenido que andar bajo la lluvia desde la villa hasta la residencia del escritor. Casi dos kilómetros y estaba empapada a pesar del paraguas.

—¡Bueno! ¡Vaya un recibimiento! —exclamó—. Me da una cita y luego resulta que no hay nadie.

Miró alrededor. Una leve neblina envolvía el ambiente. Todo estaba tan solitario como siempre, pero a la muchacha parecía encantarle aquel silencio roto únicamente por la lluvia.

Sacó un pitillo del bolso y lo encendió.

Se había fumado tres cuando vio llegar a Stella montada en la bicicleta.

Venía completamente empapada y la rueda trasera estaba reventada.

Saltó, abandonando la bicicleta enfrente de la casa y corrió para refugiarse bajo la marquesina. Cintya se había sentado en uno de los tres escalones que daban acceso al portal.

La esposa del escritor procuró mostrarse natural:

—Siento que hayas tenido que esperarte, Cintya. De veras, pero ya ves, he pinchado y encima esta condenada lluvia. No sé cómo a Henry le gusta vivir aquí...

Dejó en el suelo una bolsa de papel con un par de botellas.

—Bueno... Por mí no tenías que darte prisa —murmuró Cintya.

—Es que no teníamos *whisky*. Me olvidé de comprarlo esta mañana cuando fui a la tienda. Henry se pondría furioso si no encontrara su bebida predilecta...

—¿No está?

—No. Dijo que volvería a las cinco poco más o menos, pero entre tanto podremos charlar y tomar un buen té si te apetece. Con este tiempo...

Si Henry menospreciaba de veras el talento de su mujer, en esa ocasión y por el modo natural con que se desenvolvía hubiese felicitado a Stella por aquella desenvoltura.

Dentro de la casa y dejando las botellas en un estante junto a la mesa de las bebidas, Stella pensó para sí:

«Espero que lo esté haciendo tal como tú deseas, Henry».

Luego se volvió hacia Cintya, que se estaba quitando la empapada gabardina y murmuró:

—¿Quieres avivar el fuego del hogar mientras preparo ese té?

—Oh, desde luego. Aquí vivís mejor de lo que queréis. Esto es fantástico.

—Es lo que dice Henry, pero a mí no me gusta... No es que no lo encuentre bonito, pero tan solo, tan lejos de todo... —Se dirigió hacia la cocina y Cintya levantó la voz para que la dueña de la casa pudiera oírla:

—Pero a Henry le va bien por su trabajo. Aquí hay verdadera paz para poderse concentrar... ¿Sabes por qué me ha llamado?

—¡No exactamente! —respondió Stella desde la cocina—. Pero supongo que quiere que le ayudes en algo...

Siguieron hablando, y por parte de Stella todo parecía tener una gran trascendencia, como si la reunión fuese algo normal y estuviera esperando que «de veras» llegara Henry.

Así pasó el tiempo.

Las brigadas de reparaciones urgentes trabajaron para dejar expedita la carretera.

En la casa, Stella había conectado la televisión para ahorrarse palabras.

Un locutor hizo referencia al robo del Banco del día anterior.

—Oye, eso es fantástico —exclamó Cintya—. A esos ladrones deberían recompensarles por su habilidad.

—¿Tú crees? —inquirió Stella.

—Bueno, llevarse un pico, sin ninguna violencia y sin dejar el menor rastro es lo que yo llamo una obra maestra... Atracar a mano armada ya es otra cosa. Está al alcance de todos, pero esto... ¡Je!

—Piensas igual que Henry. Él porque hace novelas y tú porque

las copias...

—Pues mira, un robo así merecería ser urdido por un escritor...

—¿Eeeh? —Stella miró a Cintya como si acabase de tener un escalofrío.

—Sí... Seguro que Henry sería capaz de idear una cosa así.

—No digas esas cosas —cortó la esposa del escritor.

Cintya parecía muy entusiasmada con la noticia. El tiempo iba transcurriendo y Stella miró disimuladamente su reloj. Eran las cinco menos cuarto.

—Henry... Ya no tardará mucho —dijo—. Voy a hacer más té.

—No, no. Por mi déjalo —repuso la otra.

En la carretera, un camión se llevaba las piedras y se estaban dando los últimos toques para dejar la vía completamente libre.

El sargento del puesto giró una visita de inspección y le informaron que todo estaba resuelto.

A las cinco, Stella, visiblemente nerviosa, fue hacia la puerta, abrió y miró hacia el exterior.

—Creí que había oído ruido —dijo para justificarse.

—No te preocupes, mujer. No estoy tan mal aquí.

—Es que... Henry no suele retrasarse.

Cerró la puerta y volvió con Cintya.

—Si tienes algo que hacer, no gastes cumplidos. Conmigo es igual, ¿eh?

—No, no. Yo nunca tengo nada que hacer —y consultó nuevamente el reloj.

—¿Por qué estás tan impaciente?

—¿Impaciente? ¡Oh, pues no! Me sabe mal por ti, Cintya... A Henry tampoco le gusta hacer esperar, ya sabes como es.

—Bueno, le habrán entretenido, tampoco pasa mucho de las cinco. Unos minutos... Pasó media hora y Stella parecía haber agotado las palabras. Luego pensó en las instrucciones de Henry e hizo un par de llamadas telefónicas.

—No... No, señora Brent, su marido no ha venido esta tarde —le dijeron en el primer sitio.

Al colgar, murmuró:

—Es extraño. Dijo que tenía que ir ahí... Llamaré a Molinaro...

Cuando marcó el nuevo número de teléfono, su angustia no parecía fingida en absoluto.

La respuesta fue idéntica que la vez anterior:

—No. Henry Brent no ha estado aquí.

—Pues entonces, ¿dónde ha ido? —inquirió al colgar.

—¿A qué hora se marchó?

—Pues eran algo más de las dos, dijo que pasaría por la tienda a pagar una cuenta y que tenía que poner gasolina en el coche... Tal vez allí sepan algo.

Se fue hacia el teléfono nuevamente, mientras Cintya comentaba:

—Si se marchó a esa hora hacia Plymouth su coche debió cruzarse con mi autobús.

—¿Viste el «Porsche»? —preguntó Stella.

—Pues no... No le vi. En realidad no me fijé.

Stella llamó a la bodega y allí, naturalmente, sí le dijeron haber visto a Henry y le confirmaron que había ido a pagar la cuenta.

Posteriormente en la gasolinera también corroboraron el paso del escritor, sólo que allí, el empleado, antes de colgar, exclamó:

—¡Señora Brent! ¿Por qué lo pregunta? Dispense, pero ¿es que teme que a su marido haya podido ocurrirle algo?

—Pues dijo que volvería a las cinco. Tenía que ir a la ciudad y...

—En efecto, señora, le vi tomar la carretera de la costa.

Y el empleado pareció callar algo que no sabía cómo empezar a decir.

—¿Qué pasa? Dígame. Es que ¿ha ocurrido algo?

—Yo no sé nada, señora Brent, pero lo cierto es que... Verá, nos dimos cuenta cuando él ya se había marchado.

—¿De qué se dieron cuenta?

—De una avería que tenía en...

El empleado explicó su sospecha de que el «Porsche» andaba perdiendo el líquido de los frenos y acabó diciendo:

—Ya no podíamos hacer nada, pero llamamos a la gasolinera que está en el parador, cerca de la carretera general.

Cuando Stella colgó estaba lívida. Cintya se aproximó para indagar lo que ocurría.

Tal como había pronosticado Henry, fue Cintya la que tomó la iniciativa a partir de aquel momento.

—Tranquilízate. Yo llamaré a esa gasolinera. En algún sitio deben haberle visto. Por el amor de Dios, Stella, no hagamos una

montaña de un grano de arena, procura serenarte. Bebe algo, mientras yo llamo.

Cintya llamó, pero en la gasolinera le dijeron que no habían visto el «Porsche», aunque naturalmente recibieron la llamada.

Colgó la muchacha y se mantuvo pensativa junto al teléfono.

—Veamos. Antes de llegar a la gasolinera hay un cruce... Puede que se diese cuenta de ésa anomalía de los frenos y se desviara... ¿No hay algún taller de reparaciones por allí?

—No lo sé. El coche era cosa suya, ni me permitía cogerlo... No lo sé.

Cintya llamó a la central y lo consultó allí. Le dijeron que lo averiguarían, que esperase.

La espera no fue muy larga y cuando contestaron de la central fue para negar:

—No. No hay ningún taller por donde usted dice. Y esa carretera llega sólo hasta Dolman, el resto está en obras, pero hay un desvío que vuelve hacia la costa, y seguro que no hay ningún taller de automóviles.

—Gracias, gracias.

Cuando colgó, Stella se dirigió hacia la cocina.

—¡Espera! Nunca hay que pensar en lo peor... Son, son las cinco y... bueno, casi las seis.

—Hay que hacer algo más, Cintya. No resisto esta espera, y menos después de lo que han dicho de ésa avería en los frenos.

—Está bien, está bien, llamaré a la policía, quizá sea lo mejor, aunque únicamente sea para que te calmes... —Pero la verdad es que Cintya también comenzaba a sentirse intranquila, contagiada por el ambiente.

La tormenta exterior parecía poner la música de fondo adecuada a la tensión, y la electricidad producida por los rayos había traspasado también las paredes de la casa.

CAPÍTULO VII

La búsqueda por parte de la policía se prolongó durante dos horas, hasta que el sargento Dunham regresó para informar:

—No hemos encontrado ningún rastro, señora Brent, ni una sola huella, aunque no es extraño en este tiempo. Tal vez se trate de una falsa alarma. Los de la gasolinera del cruce pueden no haber visto el auto de su marido. Confiemos en que no le haya ocurrido nada.

—Habría llamado. Si algo le hubiese retenido habría llamado —dijo Stella, que permanecía sentada sin levantar la mirada para no enfrentarse con el policía.

—De todos modos —continuó el sargento— ya hemos pasado la noticia, y mañana por nuestra parte, a la luz del día, seguiremos buscando si es que entretanto no ha recibido usted noticias suyas... Ahora debe tranquilizarse —y el policía volvió los ojos hacia Cintya a la que preguntó:

—¿Estará usted con ella?

—Por supuesto. Dadas las circunstancias, no pienso marcharme.

—Bien, es mejor no dejarla sola. Es natural que esté nerviosa... —Luego hizo una seña a Cintya cuando se dirigía hacia la puerta. Junto a la salida y en voz baja murmuró—: No estaría de más que la viera un médico. Necesita algún tranquilizante.

Cintya asintió y preguntó seguidamente:

—¿De veras, sargento, no tienen ninguna pista?

—No, señorita, ninguna... ¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

—Cintya Simmons, el señor Brent me llamó para trabajar con él, seguramente, ya lo he hecho otras veces.

—Sí, ya sé que Henry Brent es escritor. Y a usted creo haberla visto en alguna otra ocasión.

—Estuve aquí tres meses hace cosa de un año. Trabajaba y vivía aquí.

—Bueno, mejor... No sabemos lo que ha ocurrido y sea lo que fuere conviene que la señora Brent no se quede sola. ¿Sabe si tiene familia?

—Pues creo que no. Henry creo que tiene algún pariente lejano, pero que yo sepa apenas se ven. De Stella no sé mucho, pero pariente, pariente... al menos que viva cerca no sé... Se lo preguntaré.

—Con diplomacia por si acaso —repuso el sargento y luego abandonó la casa.

—¿Qué te decía el sargento?

—Le pregunté si tenía algún indicio, pero la verdad es que no saben nada de nada. Él confía en que recibamos noticias de Henry de un momento a otro —y Cintya procuró poner la mayor animación en su voz.

Stella siguió silenciosa, inmóvil, rehuyendo toda conversación.

La comedia había empezado, pero ¿era realmente una comedia?

Parte de un guardabarros y restos de un neumático quemado en parte fueron los primeros indicios hallados en el acantilado. La bajamar facilitó las tareas y hombres rana procedieron a la búsqueda.

Hacia mediodía fue encontrado el auto. La corriente lo había arrastrado hacia unas rocas donde quedó empotrado.

Tras reunir todos los informes, el sargento, todavía en su puesto, comentó con sus hombres:

—Sobre el sitio en que se despeñó no hay duda... Los cristales, otro pedazo del guardabarros que debió romperse al saltar, y uno de los limpia parabrisas.

—¿Es del «Porsche»? —inquirió el agente Robson.

El sargento asintió:

—Así acaban de confirmarlo en el laboratorio. El neumático se supone que fue quemado ayer. Es posible que el auto se incendiara y las olas apagaran el fuego. Si era el momento álgido de la pleamar, el accidente debió tener lugar más o menos sobre las tres menos cuarto de la tarde.

Robson corroboró:

—Eso concuerda con la información del de la gasolinera.

—Ahora viene lo peor, dar la noticia a la señora Brent.

—Pero el cuerpo de su marido...

—Es muy difícil. He hablado con los especialistas y esos lugares de sobra sabemos que tienen características muy especiales por las fuertes comentes. Pueden transcurrir años antes de que aparezca el cadáver o ruede no aparecer nunca. No hay que ser ilusos, si Brent hubiese tenido tiempo de saltar probablemente le hubiésemos encontrado aplastado entre las rocas y huellas de sangre, jirones de ropa... cualquier indicio, pero no hay nada.

—Entonces, ¿se le puede considerar muerto? —preguntó el agente Robson.

—Tengo que hablar con el juez. Él dirá la última palabra, por mí no creo que haya necesidad de seguir la investigación, a menos que surgieran otros indicios, pero desgraciadamente... —Cerró el *dossier* donde guardaba los informes.

Robson, antes de salir, comentó con otro compañero:

—Esta mañana hablé con él unos momentos. Daba su acostumbrado paseo... Hay cosas que parecen mentira, uno no acaba de acostumbrarse. ¡Pobre señora Brent!

—Dicen que está algo mal de los nervios, ¿no?

—¿De los nervios? A mí me parece una mujer muy normal —repuso Robson.

—Bueno, sé que el doctor Meredith la visita algunas veces. Creo que fue el propio Henry Brent quien lo dijo a la señora Flannagan...

—¡Bah! La señora Flannagan es una chismosa... Claro que después de que le dan la noticia, cualquier persona, por equilibrada que esté, puede estallar de los nervios... Ésas son noticias que ni cobrando por ello me gustaría transmitir.

El sargento salió en aquellos momentos:

—Robson, voy a casa de los Brent. Acompáñeme.

—¿Yo, señor...?

—Usted conocía a la familia, ¿no?

—Bueno, de vista como todos. Algunas veces hablaba con Henry Brent. Lo estaba comentando ahora. Le vi esta mañana.

—Bueno, vamos, Robson. No va a ser muy agradable.

Robson lanzó un suspiro de resignación. ¡Le había tocado a él!

El sargento había tomado la precaución de comunicar primero con Cintya para que ésta, a su vez, llamara al médico. Cuando los dos policías llegaron a la casa, el doctor Meredith ya estaba allí.

El sargento en tono grave procuró dar la mala nueva de la forma menos violenta posible, aunque la verdad es que no existe la fórmula ideal para dar una información de esa índole.

Stella guardó silencio. Quedó inmóvil, sentada en la misma butaca, como si fuera incapaz de reaccionar.

Su actitud causó sorpresa e impresión al mismo tiempo, sobre todo cuando se levantó y procurando mantenerse erguida se dirigió hacia la escalera.

El sargento hizo un gesto a Cintya para que no la dejara.

—¡No! —exclamó ella quedamente—. Quiero estar sola.

El timbre del teléfono rompió la tensión. Lo tomó el agente Robson y lo pasó a su jefe:

—Es de la oficina, sargento. Para usted. Parece que han encontrado algo más.

Stella detuvo su paso antes de subir el primer peldaño. Del puesto de la policía otro agente, con una cartera y un pasaporte en la mano, decía:

—Se ha encontrado entre las rocas, donde no llega el agua. Es una cartera y un pasaporte a nombre de William Burton.

—¿William Burton? —inquirió el sargento repitiendo aquel nombre que le resultaba totalmente extraño. Pero su informante continuó:

—Sí, señor, pero la fotografía se parece mucho a la de Henry Brent. ¿Quiere que se la mande?

—No, no... Enseguida voy para allá en cuanto haya hecho un par de preguntas a la señora Brent.

Cuando colgó, Stella como si ya no pudiera mantener la tensión, se desmayó. No cayó al suelo porque Cintya, con la ayuda del doctor Meredith, lo impidieron.

Cuando Stella despertó habían transcurrido un par de horas. Al abrir los ojos lo primero que dijo fue:

—Ha muerto. Henry está muerto —y miró alrededor. Allí estaban Cintya, el médico, el sargento y el agente Robson.

El sargento cambió una mirada con el doctor que hizo un gesto de fastidio, llamó aparte al policía y murmuró:

—No la fuerce mucho. Está pasando por un tremendo *shock*.

—Lo comprendo —repuso el policía—. Pero eso puede ser grave.

Tenía en sus manos el falso pasaporte de Brent. Las dos horas de espera le habían permitido ir y volver del puesto y recoger las últimas informaciones que poseía.

Se aproximó a la cabecera de la cama y murmuró:

—Señora Brent, procuraré no fatigarla. Tengo un pasaporte que evidentemente lleva la fotografía de su marido. Es un tanto desfigurada, pero no hay duda de que es él. Es un pasaporte reciente y en él figura el nombre de William Burton... En su cartera están sus documentos personales con el carnet de conducir y otros y su pasaporte auténtico... ¿Qué significa todo esto?

—No lo sé —mintió ella tras un silencio.

—¿Por qué tenía su marido un pasaporte y documentos a nombre de otra persona?

—Déjeme, por favor... Yo apenas me muevo de esta casa, él era quien iba y venía. No sé nada, no sé nada...

Ni Cintya, ni el médico comprendían tampoco.

—Éste puede ser un caso muy grave, señora Brent. Usted tal vez podría ayudarnos.

—¿A qué? Mi marido ha muerto, ¿no?

—Eso es lo que pensamos. ¿No tiene nada más que añadir?

—Por favor, ahora deberían dejarla —intervino el médico.

—Lamento decirle que tendré que volver a molestarla, señora Brent —dijo el sargento antes de irse.

Cuando los policías se hubieron marchado, Meredith se dirigió a Cintya.

—Tendría que ir a la farmacia para que le despacharan esa receta. Es para la señora Brent.

—¿Qué me receta, doctor? ¿Cree que lo mío se puede curar con medicamentos?

—Es un tranquilizante. Lo necesita para que pueda descansar. Ahora está agotada.

Volveré a verla más tarde, ahora tengo que hacer unas visitas. No olvido comprar eso.

Cintya bajó para acompañar al médico hacia la puerta, fuera ya había oscurecido y ninguno de los dos vio a la silueta que se deslizaba pegada a la pared del jardín hasta situarse en la parte posterior de la casa para no ser visto cuando la puerta se abriera.

Cintya se despidió del médico y dijo:

—¿Cree que puedo dejarla sola?

—Bueno, no tarde demasiado. ¿Tiene con qué ir?

—Pues, tendré que coger la bicicleta de Stella.

—Bien, bien, ya nos veremos más tarde —y el médico se metió en su automóvil manifestando que tenía prisa.

Cintya volvió a meterse dentro de la casa, en el momento en que la sombra pegada a la pared lateral exterior comenzaba a moverse de nuevo.

Cintya entró y cerró la puerta, al volverse vio a Stella bajando la escalera.

—¿Por qué diablos te has levantado? Te ha dicho el doctor que...

—Cintya. Es necesario que hablemos. Ahora no tengo a nadie. Lo que me ocurre es horrible, horrible...

CAPÍTULO VIII

Stella Brent explicó a Cintya detalladamente todo el plan de su marido.

Y la secretaria, conteniendo el aliento casi, creía estar leyendo o pasando en limpio uno de los muchos relatos policíacos que había oído en su vida.

—Nunca he sentido por ti una gran simpatía, Cintya. Puede, puede que en el fondo me sintiera celosa porque tú eras quizá... quizá como a Henry le hubiese gustado que fuera yo que hubiese sabido ayudarle en su trabajo, darle ánimos, pero nunca me salió de dentro y sólo tuve frases de reproche para con su trabajo... No. Ahora veo que la equivocada he sido yo, pero es tarde, perdóname, Cintya.

—¿Yo? Pero ¿de qué tengo que perdonarte?

—Pues por ese odio oculto que sentía hacia ti. En cuanto a Henry, a pesar de todo sigo queriéndole, a pesar de lo que te he contado porque estaba dispuesta a seguirle.

—La verdad es que todo esto me parece tan fantástico...

—Y a mí, pero vi el dinero. No era una fantasía, sino verdad.

—¿Y dónde está el dinero ahora?

—Enterrado, donde él lo dejó.

Cintya ahogó un silbido.

—¡Henry fue capaz de...! Es fabuloso...

—Yo no quiero ese dinero, Cintya, aunque antes me negué a hablar con el sargento. No sé... Pienso que sería como echarle lodo a una persona que ya ha muerto, porque él ha muerto de verdad. Ese pasaporte falso es la prueba, jamás se hubiese desprendido de él, ni de los otros documentos que necesitaba para trasladarse a Río y empezar la nueva vida que había planeado. Sin embargo, sé que tampoco puedo callar.

—¿Se lo contarás todo al sargento?

—¿No crees que debo hacerlo?

—Bueno. No soy lo que se llama una chica muy escrupulosa, pero sí, tienes razón, ese dinero podría traerte muchos conflictos y sobre todo ahora que el sargento ha descubierto ese pasaporte. No te dejarían vivir en paz...

—Le pediré que sean discretos, que no aireen el nombre de Henry. Luego venderé la casa de veras y tendré que rehacer mi vida, pero no en Río... ¡Qué sé yo! En cualquier parte, y sé que no me va a ser fácil.

—Ochocientas cincuenta mil libras —murmuró Cintya como si hablara consigo misma y no acabara de digerir el relato—. Me gustaría verlas. Sólo verlas.

—¿Para qué?

—Porque nunca he visto tanto dinero junto... Además hasta resulta emocionante pensar que ha sido la obra de Henry... ¡Oh, perdona! No quería decir...

—Olvídate de esto ahora. Es tarde. Hablaré con el sargento mañana. Pero necesitaba decírtelo a ti también. Es como un desahogo.

—¿Viste cómo las enterraba? Me refiero a las libras, al dinero.

—No. Sé que están fuera, pero ni siquiera me fijé.

—¡Hum! Nunca habré dormido tan cerca de una fortuna. Bueno, voy a la farmacia. ¡Ah! Utilizaré la bicicleta. ¿Tienes alguna rueda de recambio?

—Sí. En el garaje encontrarás. Las llaves están detrás de la puerta. Pero si no quieres ir no es necesario.

—Quiero cuidarte, Stella. Además pienso en lo que me has dicho. Has sido sincera conmigo y esto... bueno, yo soy muy sensible, ¿sabes? Presiento que vamos a ser buenas amigas, aunque lamento que haya sido en estas circunstancias.

Cintya se dirigió hacia la puerta, descolgó las llaves y salió a la oscuridad.

Fue directamente hacia el garaje y tanteó el terreno en busca del conmutador de la luz.

Creyó oír ruido fuera, como de alguien que anduviera, asomó un momento pero no vio nada y volvió a la tarea de cambiar la rueda de la bicicleta.

Aunque cambiar ruedas no fuera su fuerte, Cintya demostró ser

bastante mañosa y no tardó más de diez minutos. Salió del garaje, apagó la luz y cerró la puerta con llave otra vez, dejó la bicicleta apoyada a un árbol y caminó hacia la casa otra vez, abriendo con la llave.

De nuevo sintió aquella extraña sensación como si alguien la estuviera observando.

Decidida se dirigió hacia la parte lateral de la casa y miró al fondo. Estaba demasiado oscuro para poder ver bien y a fondo. Volvió a encogerse de hombros y fue directamente a la casa.

Stella se había sentado en una butaca.

—¡Ya está! —dijo Cintya—. Tardaré lo menos posible.

—No digas nada a nadie de lo que te he dicho, por favor.

—¡Claro! ¿Por quién me tomas? Cuando confían en mí puedes estar segura que soy una tumba.

—¡Ah! Necesitarás dinero para la farmacia.

—Tengo algo suelto, no me arruinaré por ello.

—No somos ricos, ¿sabes, Cintya? Pero yo siempre he guardado algo... Tómallo, está en el cajón de ese mueble.

—No te molestes.

—Insisto, Cintya...

La muchacha fue hacia el lugar indicado y tomó unos billetes.

—Creo que con esto bastará —y a continuación añadió—: Dices que no eres rica, pero por esta casa van a darte una fortuna.

—En eso tenía razón Henry. Es cierto que vivíamos al día y que él siempre quiso aparentar más de lo que era... Y cuando le recriminaba me hablaba de la casa y es verdad...

Cintya creyó comprender lo que la esposa de Brent quería decir. A Henry no le bastaba la casa, quería más y lo único que había conseguido era descansar en el fondo del océano cuando había conseguido lo más difícil.

—No tardaré —repitió la muchacha antes de salir de la casa. Luego se alejó montada en la bicicleta.

Fue entonces cuando la sombra volvió a moverse alrededor de la casa.

La figura de un hombre se recortó sobre el piso de la marquesina.

Una mano enguantada se aproximó al timbre de la puerta. El dedo índice lo pulsó.

Stella tuvo un sobresalto y esperó una nueva llamada que no se hizo esperar.

Avanzó cautelosamente hacia la puerta, cuando el timbre sonaba por tercera vez. Antes de abrir quiso mirar a través de los cristales del ventanal del *living*, pero sólo atinó a ver una silueta que no pudo reconocer.

El timbre volvió a sonar con insistencia y una voz exclamó sin gritar:

—Vamos, abra. Sé que está sola. ¡Abra!

Pegada a la puerta, Stella preguntó:

—¿Quién... quién es usted?

—Usted no me conoce, abra la puerta y se lo diré.

Stella vaciló. Sentía miedo, pero el hombre insistió:

—¡Vamos, deprisa! ¡Es por su bien, créame!

Abrió lentamente y por el resquicio intentó adivinar quién era su inesperado visitante. El hombre cargó con toda la fuerza de su cuerpo contra la puerta abriéndola de golpe.

Ella retrocedió asustada.

Pegado a la puerta impidiéndole el paso, el recién llegado la observó con marcada dureza, aunque enseguida se apresuró a decir:

—No se asuste. Sólo quiero hacerle un par de preguntas y me marcharé enseguida.

—¿Quién es usted?

—¿Su marido no le habló de mí?

—¿Mi marido?

—Sí... Sé que andan diciendo que ha muerto. Bueno, no me he entretenido haciendo preguntas, pero basta con poner atención. En esos sitios es fácil enterarse de todo sin preguntar...

—No le entiendo.

—Escuche... ¿Es cierto que ha muerto su marido?

—Sí. Es cierto. ¿Por qué no iba a serlo?

—Bueno, yo no sé nada...

—¿Qué busca? ¿Qué quiere? ¿Por qué ha venido?

—Busco el dinero y he venido a por él. Y no se haga la tonta. ¿Dónde lo escondió?

—¿Eh? —preguntó ella, palideciendo.

—Ya le he dicho que no se haga la tonta...

—¿Usted...?

—Sí, monada. Su marido y yo fuimos ese par de inteligencias privilegiadas que hacen andar de cabeza a todo Scotland Yard.

Stella perdió el habla.

Entretanto, Cintya había recorrido ya los dos kilómetros que le separaban del centro de la villa y se dirigía hacia la farmacia.

El sargento salía de la bodega en compañía de otro hombre que vestía de paisano. Iban hablando los dos y al aproximarse a la farmacia, el sargento se fijó en Cintya y dijo algo al individuo que iba con él.

La muchacha dio la receta al boticario, que leyó y murmuró:

—¡Ah, sí! Es un específico. Se lo doy enseguida. Unas tabletas... Veamos... ¡Ah, sí! En ese estante...

El sargento y el otro individuo estaban fuera, Cintya podía verles y por un momento pensó que la estaban esperando.

El farmacéutico terminó de despachar y anotó el precio.

—Seis chelines.

—Cóbrese —y Cintya entregó el dinero. Recogió la vuelta y salió.

—¡Un momento, señorita! —exclamó el sargento, demostrando que, efectivamente, la estaba esperando.

El farmacéutico no podía oír lo que decían, pero sí vio que siguieron hablando por espacio de varios minutos.

El desconocido zarandeaba a Stella, que retrocedía asustada.

—¡Le digo que no sé nada! ¡Suélteme!

—Escuche, encanto, sé que él pensaba largarse con usted. Eso no me importa, pero teníamos que repartir primero.

—¡No sé de qué me habla!

—Me parece que tendré que refrescarle la memoria de otra manera. —La soltó y la golpeó en el rostro. Stella cayó sentada en el diván y él la cogió sin miramientos, obligándola a levantarse.

—No sé por qué siempre me pareció que trataba de jugar sucio conmigo. Si murió no me importa, pero yo no hice el trabajo para quedarme con las manos vacías. ¿Me ha entendido?

—Por favor, suélteme...

—¿Llevaba el dinero cuando tuvo ese accidente?

—¡Basta, basta!

Las manos del desconocido, alto, fuerte y musculoso, la

atenazaron con más fuerza.

—Sería más fácil si colaborara, señora... Le conviene hacerlo. No soy un enemigo cómodo, créame...

Stella pensaba cómo había hecho su marido para tener tratos con gente de aquella calaña, pero seguía sin despegar los labios.

El ruido de un automóvil aproximándose pareció desconcertar al hombre, que se volvió como temeroso de que alguien pudiera dirigirse hacia la casa.

Ella aprovechó la ocasión para librarse de aquellas tenazas que le habían dañado brazos y hombros.

—¡Maldita sea! ¡No huya! Esto no va a servirle.

El hombre intentó seguirla, pero ella subió por la escalera. Él siguió detrás.

—Si le gusta jugar, le enseñaré un juego que no olvidará.

Subía la escalera de cuatro en cuatro. Alcanzó su habitación y quiso cerrar la puerta, pero ya el tipo se abalanzaba para evitarlo. Stella empujaba a su vez, jadeante por aquel tremendo esfuerzo. Todas las ventajas estaban de parte de su poderoso enemigo. En aquellos momentos el motor del coche sonó más cerca, y unos faros barrieron la fachada principal de la casa.

—¡Socorro! —gritó ella.

Se escuchó el ruido de la portezuela de un auto abrirse para cerrarse de golpe. El hombre dejó de hacer fuerza y bajó rápidamente la escalera, buscó las luces y las apagó, cuando alguien se aproximaba a la puerta de entrada.

El que se acercaba llamó al timbre.

El compinche de Brent en el robo, oteó en la oscuridad buscando una salida. Corrió por fin hacia el fondo, tropezó varias veces y al final llegó a la cocina. Allí había otra puerta cerrada por dentro, la abrió y desapareció en la oscuridad.

El recién llegado insistió de nuevo al tiempo que gritaba:

—¡Eh! ¿Es que no hay nadie?

Cintya le habría reconocido enseguida: era Rex Prentice.

Cintya se despidió del sargento.

—Hasta mañana, sargento.

—Si ocurre algo imprevisto, llámeme por teléfono.

—De acuerdo, sargento —y montó nuevamente en la bicicleta para regresar a casa de Stella.

Rex había entrado ya y se presentó:

—Bueno, usted sabrá disculparme —dijo—. La verdad es que Cintya me habló de una cita, pero no de quedarse. Desde ayer no he vuelto a saber de ella.

—La culpa ha sido mía en realidad... Ella quiso cuidarme. Ya le he explicado...

—Estoy confundido, señora Brent. La verdad es que yo no podía suponer...

Ella le había explicado lo de la muerte de su marido como causa que había motivado el retraso de Cintya.

—No se disculpe. Ha hecho usted bien en venir, si quiere llevarse a Cintya.

—Bueno, eso ya lo decidirá ella... Pero ahora dígame... Cuando llegué me pareció oír gritos.

—Sí. Era yo. Había un hombre. Me amenazó.

—¿Por qué no lo dijo antes? ¿Por dónde salió? Yo no he visto a nadie...

—No sé. Debió asustarse al verle llegar a usted. Posiblemente, utilizó la salida de la cocina.

—Voy a echar un vistazo si me lo permite.

Y ante la inmovilidad de Stella, Rex avanzó. Luego ella le indicó el camino con un ademán.

Rex salió fuera por la puerta de la cocina y taladró la oscuridad con sus ojos escrutadores. Buscó como un experto, e incluso utilizó una pequeña linterna de bolsillo.

Ella le observaba desde el interior de la casa. Rex dio una buena batida y regresó diciendo:

—Ha escapado, pero he visto sus huellas, son recientes. Con esa oscuridad Dios sabe dónde habrá ido. Si conociera mejor esto, le seguiría... ¿Ha avisado a la policía?

—No... Pero lo haré mañana. Tengo que hablar con el sargento sobre un asunto.

—Hummm. Éste no es sitio para una mujer sola, ni para dos...

—Miró en derredor—. Bueno, no debí decir esto. Puede usted asustarse y...

—Siempre he tenido miedo en esta casa, señor Prentice, y no me avergüenza confesarlo...

Cintya llegó en aquellos momentos y mostró la natural sorpresa

al ver a Rex.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba intranquilo, Cintya —explicó Stella Brent.

—¡Oh! Se me olvidó llamarte, es verdad, pero ya ves... A propósito y antes de que se me olvidé —y ahora Cintya se dirigió a Stella—: Hay un policía de Plymouth que estaba hablando con el sargento cuando salí de la farmacia. Creo que seguirán investigando. El sargento quería volver ahora, pero le dije que esperara a mañana, que «tú también tenías algo que decirle». ¿Crees que he hecho bien?

—Sí, Cintya... Hoy ya no quiero volver a hablar de todo esto... ¡Ah! Y si quieres irte con Rex...

—¡Oh, no! Yo me quedo aquí.

—¿Las dos solas? —inquirió el hombre.

—No nos van a comer.

—La señora Brent acaba de ser atacada.

—¿Cuándo? —exclamó Cintya.

—Era un hombre que venía a buscar el dinero... —Miró a Rex y añadió—: Si tienes confianza en él acabarías diciéndoselo tú también. ¿Verdad?

—Bueno, en Rex se puede confiar —murmuró Cintya—. Es detective privado.

—¿De qué diablos estáis hablando?

—Cuéntaselo, Cintya... Y prepárale algo tú misma. Yo voy a descansar.

—Stella... si dices que te han atacado puede que ese hombre vuelva...

—Mañana se lo diré al sargento.

—Pero esta noche... Si no te importa, Rex podría quedarse a dormir aquí —insinuó la secretaria.

—Pues claro que no me importa.

—Entonces ya está arreglado. Dormirá en el sofá.

—En la cómoda del desván encontrarás mantas. Está la llave en la cerradura. Ahora dispensadme los dos.

—Luego subiré a darte las tabletas —dijo Cintya.

Stella subió hacia su habitación, dejando a Cintya y a Rex solos.

CAPÍTULO IX

Mientras Cintya subía a administrar el medicamento a la viuda del escritor, Rex había salido a dar una vuelta alrededor de la casa como si quisiera familiarizarse con el terreno.

—¿Ya se lo has explicado? —inquirió Stella.

—Sí...

—¿Qué ha dicho?

—Bueno, me ha preguntado si Henry tomó algún dinero de... bueno, del que «sacó» del Banco.

—Sí, creo que sí. Algunos billetes; sé que dijo que no tenía casi nada.

—¿Sabes cuánto?

—No me fijé.

—¿Te dejó a ti?

—No, no lo quise. ¿Por qué?

—Bueno, Rex es detective y nunca sé por qué demonios hace las preguntas; seguramente sería para darte algún consejo antes de que hables con el Sargento.

—Dile que suba si quiere.

—No, no. Ahora te conviene descansar. ¡Ah! Rex dice que le gustaría examinar el lugar del accidente. El sargento habló de una curva y no sé qué nombre... Perdona que te recuerde esto.

—No importa. Aunque en realidad yo me fijo poco en las cosas, me parece que más o menos sé dónde está ese lugar. Le llaman la curva de la Granja, porque arriba creo que hay una granja. Si es allí, está más o menos a mitad de camino de la carretera general.

—¡Ah! Entonces debe ser ese sitio donde dicen que se desprendió una roca.

—Sí, más o menos... Pero ¿por qué quieres ir, Rex?

—Es que... Bueno... No me gusta hablarte de esto.

—Vamos, Cintya, ya nada puede afectarme. No es posible variar

las cosas. ¿Qué te ha dicho Rex?

—Al explicárselo todo ha quedado pensativo y ha dicho que quizá... no se trate de un accidente.

—¿Qué?

—Está el asunto de los frenos. Yo no entiendo de esas cosas y se lo he explicado tal como ha sucedido. No olvides que estaba aquí cuando llamaste a la gasolinera.

—Sí, sí. ¿Y qué más?

—En ese robo, Henry actuó con un cómplice, ¿verdad? Pues él cree que hay una posibilidad de que... alguien hubiese provocado el accidente.

—¿El cómplice de Henry?

—Es sólo una suposición. Si lo crees conveniente, puedes decírselo al sargento.

—Henry... asesinado —musitó Stella.

—Sí... Es todo muy horrible; bueno, ya te he dicho que son sólo conjeturas de Rex. ¡Ojalá no te hubiese dicho nada! Anda, procura dormirte, ¿eh? Y no te preocupes por nada. Con Rex en la casa, que venga quien quiera con ánimo de dar la lata y verás qué pronto se le pasan. Es un bruto; por eso he tenido problemas.

—¿Estás enamorada de él?

—Pues creo que sí... Pero no se lo digas —y con una sonrisa pícara y animosa a la vez, Cintya se fue de la habitación.

Luego fue hacia el desván para sacar un par de mantas. La llave estaba en la cerradura tal como Stella había dicho.

El sargento, tras escuchar el relato de Cintya, había insistido:

—¿De veras no tiene idea de dónde escondió el dinero su marido?

—Más o menos fue por el lado del garaje. Sí... El sitio exacto no lo sé, pero tuvo que ser por la parte de poniente porque por ese lado lo habría visto. Yo estaba en la cocina.

El sargento comprobó que, efectivamente, por la ventana de la cocina podía verse una lateral del garaje.

Con el sargento estaba el hombre vestido de paisano que le fue presentado como inspector Corcoran de Scotland Yard.

Luego, dos agentes procedieron a excavar un hoyo de considerable anchura.

No había más testigos, y si algún curioso trató de aproximarse,

otros agentes, amablemente, le desviaban.

El hoyo no tardó en dar sus frutos. Entre la húmeda tierra aparecieron las dos maletas, una grande y otra pequeña; pesaban bastante, y fueron llevadas dentro de la casa para ser abiertas.

Con los policías se encontraban Rex, Cintya y, naturalmente, Stella.

Primero abrieron la maleta grande y...

—¿Qué significa esto? —exclamó el sargento.

Cintya no pudo contenerse y gritó:

—¡Piedras!

Sí. Había unas cuantas piedras, y el maletín tenía el mismo contenido.

Stella estaba anonadada.

—No lo comprendo... Nadie lo sabía... Nadie podía saberlo...

—Ese hombre del que me habló... —empezó el sargento.

Rex respondió por la viuda:

—Puedo asegurarle que no volvió, sargento. Casi he pasado la noche en vela, pero aun contando con que haya dado una cabezada, no ha sido tan larga como para que alguien hubiese podido desenterrar ese dinero, meter las piedras y volver a cubrir el hoyo.

—Usted vigilaba porque lo sabía, ¿verdad? —intervino el inspector del Yard.

La pregunta iba dirigida a Rex, que asintió:

—Sí, en efecto. Dormir sabiendo que se tiene un tesoro tan cerca... es bastante difícil, aunque ya hemos visto que de tesoro nada.

Uno de los agentes que habían practicado el hoyo hizo notar:

—Toda esta noche no ha llovido. En realidad, desde ayer por la tarde... Si hubiesen removido la tierra entre la hora que dejó de llover hasta esta mañana nos habríamos dado cuenta.

—De eso ya me he dado cuenta —murmuró el inspector.

—Entonces... eso sólo puede significar —balbució el sargento— que quien sacó el dinero tuvo que hacerlo «antes».

El sargento se volvió instintivamente hacia la dueña de la casa para preguntarle:

—A partir del momento en que su marido enterró esas maletas en el jardín... ¿usted abandonó la casa alguna vez?

—Sí... Por la mañana, mientras Henry fue a dar un paseo.

Estuve en la tienda comprando cosas...

—Cuando yo vine, tampoco estabas —recordó Cintya.

—Sí. Fui a comprar *whisky*. No había.

—¿Bebe usted *whisky*, señora Brent? —preguntó el inspector.

—No.

—¿Por qué lo compró entonces, si sabía que su marido ya no iba a volver?

—¡Oh! Él quería que se hiciera todo con absoluta normalidad... como si fuera a regresar... No me lo hagan repetir, por favor. Piensen que yo... yo estaba dispuesta a obedecerle.

—Sí, sí, nos hacemos perfecto cargo —murmuró el sargento, y volvió de nuevo la mirada hacia el hombre del Yard, que, tras un silencio, preguntó:

—De acuerdo. Vayamos a los hechos. La casa quedó sola unas horas por la mañana y otras por la tarde... Cabe la posibilidad de que alguien viera que su marido estaba enterrando las maletas.

—¿Quién? —inquirió ella—. ¿Aquí? ¡Oh, y de noche! No pasa nadie; sólo los agentes que hacen la ronda. Recuerdo que esa noche vi a Mallory con su bicicleta, se detuvo unos momentos y siguió su marcha.

—Sí. Tiene la obligación de vigilar especialmente las zonas más lejanas —dijo el sargento—. Aunque, la verdad, aquí nunca habíamos tenido que lamentar ningún suceso grave.

—Es evidente que el dinero no salió sólo de las maletas —comentó el del Yard—. A menos que... ¿Está segura que su marido no lo llevó consigo?

—Lo estoy.

—¿Cómo puede estarlo?

—Por la mañana regresamos casi al mismo tiempo.

—¿Está segura de que no volvió?

—¿Para qué necesitaba fingir conmigo?

—No sé... ¿Cuándo pensaba él recogerlo?

—Dijo que no me preocupara...

—Inspector —adujo el sargento—, si Brent hubiese llevado el dinero consigo... hubiésemos encontrado algún billete en el coche. Piense que habían ochocientas cincuenta mil libras y que se supone que el agua apagó el incendio del «Porsche»; no tenían tiempo de quemarse todos los billetes. Entre tantos, alguno hubiésemos

encontrado.

—¿Tienen las series tomadas? —preguntó Rex.

El inspector negó.

—Desgraciadamente, no. Es dinero usado y no se anotan.

—Bien... Entonces, y muy a pesar mío, señora Brent, tendremos que proceder a registrar la casa. Traeré un mandamiento del juez.

—¿Mi casa?

—Tenemos que hacerlo. El dinero ha desaparecido en circunstancias poco claras.

—¿Es que sospechan que haya podido mentir? ¡Oh! Se lo he contado todo... ¡No quería hacerlo! No quería que nadie conociese ese mal paso de Henry y... ¡Dios mío!

—Cálmese, señora Brent —intervino el del Yard—. No es que se dude de usted, pero es necesario poder presentar un informe exhaustivo. Créame, no hacemos más que cumplir con nuestro deber.

Aquella tarde, a primera hora, Rex se dirigió sólo hacia la llamada curva de la Granja, y estuvo examinando el terreno.

Un mozalbete que subía en bicicleta, al pasar cerca del detective llamó:

—¡Eh, si quiere bajar tiene que hacerlo un kilómetro más abajo! Hay un camino... Ahora todo el mundo quiere bajar ahí.

—Gracias, muchacho —repuso Rex, y siguió el consejo del chico.

Un estrecho camino descendía hacia las rocas, que ahora permanecían al descubierto.

El oleaje comenzaba a ser más abundante porque era la hora que la marea empezaba a subir.

Rex tuvo tiempo de curiosear, como si buscara algo que a la policía pudiera haberle pasado inadvertido. No encontró nada. Y se entretuvo en ver cómo las olas, sistemáticamente, iban inundando las rocas que antes estaban al descubierto.

El espectáculo es siempre bello, y Rex permaneció allí hasta que las aguas hubieron llegado al máximo nivel normal.

A poco de regresar, llegaron los encargados de practicar el registro.

Durante dos horas fueron mirados todos los rincones de la casa, asegurándose bien los agentes de que no existiese ninguna doble pared.

Fue registrado también el estudio de Henry en el torreón, pero al llegar al desván, la puerta estaba cerrada.

—¿Tiene una llave? —preguntó el sargento a Stella, que permanecía en el *living*, sentada en el sofá, inmóvil y silenciosa.

—Está en la cerradura... ¿La quitaste tú, Cintya, cuando fuiste a por las mantas?

Cintya negó.

—Ni siquiera la saqué de la cerradura. Di la vuelta, entré, cogí las mantas y volví a cerrar. Estoy segura.

Stella miró a su amiga y murmuró:

—Es extraño. Yo no he subido.

—¿Tiene alguna otra llave de repuesto, señora Brent? —preguntó el sargento—. Esto evitaría tener que forzar la puerta.

—Pues... en el manojo que hay detrás de la puerta están todas las de la casa.

—Yo se las daré —dijo Cintya, y fue a por ellas y las entregó al sargento, que dijo:

—Deje; si hay la del desván, ya la encontraremos.

Entre las llaves encontraron la que correspondía a la puerta del desván, la abrieron.

Antes de empezar a registrar vieron el dinero que estaba encima de la cómoda.

—¡Sargento! —gritó uno de los agentes.

El sargento subió hacia arriba, permaneció algunos minutos y regresó con el dinero.

—Señora Brent —dijo, mostrándole el fajo—. En este paquete hay cien billetes de cinco libras. ¿Son tuyas? Estaban encima de la cómoda.

—¿Eeh? —Los ojos de Stella se agrandaron. Cintya también demostró su sorpresa.

—¿En el desván? No puede ser... Allí nunca ha habido dinero —repuso la dueña de la casa.

—Cuando subí anoche a buscar las mantas... ese dinero no estaba allí. Lo hubiese visto —declaró Cintya.

—Entonces... ¿Alguien puede decirme quién lo ha puesto allí? —preguntó el sargento.

Pero Stella Brent no pudo contestar a aquella pregunta. Era un auténtico misterio.

CAPÍTULO X

—Dos agentes vigilarán la casa camuflados —explicó Rex—. Y yo no me moveré de aquí.

—¿Por qué tienen que vigilar los agentes? Ya han puesto la casa patas arriba... Lo del dinero es inexplicable, pero ¿qué buscan ahora?

—Bueno, en realidad tratan de protegerla, señora Brent —repuso el detective.

El doctor Meredith, que había pasado a última hora de la tarde, tenía ya preparado un inyectable.

—Sería mejor que no la molestaran más... En realidad, con todo este estado de cosas, la señora Brent está desequilibrando su sistema nervioso. Le conviene descansar. Vamos, yo mismo le pondré esa inyección para que pueda dormir toda la noche.

—Lo que necesito es marcharme de esta casa. Mañana mismo llamaré a un abogado que lo tramite todo. No quiero estar aquí... No quiero.

Meredith acompañó a la dueña de la casa hasta su habitación. Cintya fue con el médico y quedó solo en la planta baja.

—No comprendo lo de la llave —comentó Cintya mientras el doctor inyectaba el brazo de la viuda Brent—. ¿Estás segura de no haberla cogido tú?

—No subí para nada al desván —respondió Stella.

Meredith hizo un gesto de silencio a Cintya y luego los dos regresaron a la planta baja.

—¿Dormirá? —inquirió el detective.

—La calmará simplemente.

Cintya miró hacia arriba; la habitación de Stella tenía la puerta entornada, pero se cerró lentamente.

—Está bastante agitada —dijo el doctor, y a continuación se despidió—. Yo les dejo.

—Yo voy a la curva de la granja —anunció Rex—. Procuraré no tardar.

—¿Pero es que... has visto algo? —preguntó Cintya.

—No... Nada en concreto. Sin embargo... —Gesticuló con el índice como queriendo decir que «esperaba» encontrar ese algo.

Rex salió con el doctor. Cada cual tomó su coche, y durante el trayecto hasta el centro de la villa, Rex fue detrás del médico, que conducía con prudencia. Después el detective enfiló por la carretera de las curvas pronunciadas.

Entretanto, en la casa, Stella, arrebujada entre las mantas, trataba de conciliar el sueño, aunque le resultaba bastante difícil. Procuraba contener la agitación, apaciguarse, pero algo la mantenía en tensión. Dio varias vueltas para encontrar la posición y perdió la noción del tiempo.

Con las luces apagadas podía ver las sombras de las ramas, agitadas por el suave viento. Escuchaba los pequeños ruidos familiares de la casa.

Fue entonces cuando creyó percibir aquel tecleto.

Tacatac... Tacatac...

Al principio, hasta le pareció normal, porque aquél también era un ruido que durante años había sido característico en aquella casa; no obstante, no tardó en tomar conciencia de la realidad... ¿Quién podía estar escribiendo?

Aguzó el oído.

Sí. No cabía duda de que alguien estaba escribiendo a máquina.

Tac, tac... Tac, tac...

Sin poderse contener, saltó de la cama y se aproximó a la puerta para poder escuchar mejor.

El tecleto continuaba.

Con el corazón encogido, entreabrió la puerta y entonces el sonido le llegó con más claridad.

¡Venía de arriba! ¡Del torreón!

Notó que el corazón le daba un vuelco. En la casa todo estaba oscuro.

—¡Cintya! —llamó, quedamente, hacia la habitación que estaba frente a la suya... en la que había entrado el pajarraco unas tardes antes.

Nadie le contestó.

Avanzó hacia la puerta. Todo estaba a oscuras: la planta baja, el corredor.

Tanteó la pared y pulsó el conmutador que encendía una pequeña lamparilla de pared que iluminaba tenuemente el corredor. Su marido lo había hecho instalar para que la planta no quedara totalmente a oscuras durante la noche.

Aquella luz que producía sombras por todas partes se le antojó fantasmal.

Y el ruido de la máquina seguía.

—¡Cintya! —volvió a llamar, sin atreverse a levantar la voz.

Se aproximó corriendo a la puerta y pegó el oído a ella. Dentro no se oía nada. Abrió lentamente la puerta y en la penumbra creyó ver un bulto sobre la cama de la muchacha.

—¡Cintya! —llamó, con más fuerza.

Tanteó para dar la luz, puesto que el bulto de la cama parecía inmóvil.

Encontró el conmutador y lo accionó, pero las luces continuaron apagadas.

—¡Cintya! —Esta vez fue el suyo un grito desgarrado.

Entonces sonó como un portazo, y Stella quedó inmóvil, como petrificada.

Había oído unos pasos procedentes del torreón. Se volvió y miró a través de la puerta abierta.

Por las escaleras estaba bajando alguien.

¿Por qué la había aterrado tanto el sonido de la máquina de escribir? ¿Por qué estaba ahora blanca como la cera al percibir aquellos pasos?

La tensión no duró más que unos segundos, pero a Stella le pareció eterna. Enseguida sonó la voz de Cintya.

—¡Stella! ¿Eras tú la que llamabas?

Y Stella tuvo que asirse al vano de la puerta para no caer desmayada.

—Pero ¿qué te pasa? —inquirió la amiga.

—¿Eras... tú la que estabas escribiendo a máquina?

—Sí. Subí un momento. Creí que no te importaría. Pensé que dormías y... ¿Pero se oye desde abajo?

—Sí, se oye.

—No volveré a hacerlo... Verás, es que quería escribir unas

notas que no tuve tiempo de hacer cuando vine hacia aquí, pero no te preocupes, no volverá a suceder.

—Perdona. No es que me importe, es que no sé... no sé qué me pasó. Oí la máquina y...

Desde que Henry murió, ese ruido ya lo había olvidado...

—Tranquilízate, mujer. ¿Quieres que te haga compañía? ¡Oh! ¿Qué hacías a oscuras?

—No funciona la lámpara. Debe haberse estropeado algo.

—Bueno, no importa. Diré a Rex que lo arregle. Es muy mañoso. Anda, vamos... vamos a descansar.

La cogió para ayudarla y murmuró:

—Pero si estás temblando... ¿Quién pensabas que estaba escribiendo?

—No... no lo sé —tartamudeó Stella.

Cuando entraron nuevamente a la habitación de Stella, Cintya murmuró:

—He estado curioseando. Henry tenía a punto de concluir una novela que parece interesante. He leído algunas páginas y no sé... Tiene garra. En mi modesta opinión, claro. ¡Qué lástima que no pudiera terminarla!

Acostó a Stella, que no hizo ningún comentario sobre la observación de su amiga, que permaneció allí después de apagar la luz.

—Eres como una niña pequeña, pero sé que debe ser terrible... sentirse tan sola —musitó.

Stella continuaba en silencio.

No había ocurrido nada más digno de mención aquella noche. Al parecer, los agentes que disimuladamente vigilaban la carretera tampoco advirtieron nada anormal.

Por supuesto, del cómplice de Henry en el atraco no se había sabido nada más.

Rex decidió seguir en la casa, y cuando llegó la hora del descanso, el detective se quedó abajo en el sofá y dijo a Cintya.

—Bueno, al menos que descanse alguien. Acuéstate y no pienses en nada.

Desde su habitación, Stella pudo oír cómo Cintya le contestaba:

—Eres tú el que no descansas, llevas un par de noches sin pegar un ojo. Si los agentes vigilan, procura descansar. ¿Quién esperas

que se atreva a venir?

Stella cerró la puerta y se hizo el propósito de descansar. Oyó, sin embargo, los pasos de Cintya, que subía la escalera y que se dirigía hacia su cuarto, cuya luz ya había arreglado Rex. La oyó también cerrar la puerta y luego comenzó el transcurso de las horas, con los ruidos monótonos de la noche, sólo perceptibles a los que tienen el oído atento y los nervios demasiado tensos a causa del insomnio.

No ocurrió nada hasta poco después de la medianoche. Las lejanas campanadas llegaron hasta Stella, que una vez más se removi6 insomne.

Poco después comenzó el leve ruido. Primero se le antojó fruto de su imaginación, pero después, poniendo una mayor atención, pudo escucharlo, aunque con mayor claridad que otras veces... *Tacatacatac... tac, tac.*

¡Otra vez la máquina de escribir!

«Debe ser Cintya —pensó Stella—. ¿Qué diablos puede hacer? Y siempre por la noche».

El tecleteo proseguía e incluso a pesar suyo, aun creyendo que era Cintya la que escribía, no pudo evitar un escalofrío.

Tuvo que levantarse de la cama y pegarse junto a la pared y escuchar... escuchar aquel continuo batir de las teclas sobre el papel.

Tactacatac... tac, tac, tac.

Entonces escuchó el ruido de la puerta de la habitación de Cintya y unos pasos. Entreabrió y vio a la muchacha que se dirigía hacia el cuarto de baño, que estaba al fondo del corredor, al lado de la escalera del desván.

No pudo resistirlo y salió de la habitación.

—¡Cintya!

—¡Stella! ¿Te he despertado?

—Creí que estabas arriba, escribiendo.

—¡Oh, no! Te prometí que no volvería a hacerlo.

—¡No! —exclamó Stella, desorbitando los ojos.

—¿Qué te pasa?

—¿Es que no... has oído?

—¿Oído qué?

—La máquina...

—Estaba durmiendo, querida. De veras. ¿Es que alguien estaba escribiendo?

—¡Claro que alguien estaba escribiendo! Y si no fuiste tú... —La continuación quedó al aire con un halo de terror en su mirada.

Cintya se aproximó al hueco de la escalera y miró hacia abajo.

—¡Rex! ¿Estás ahí?

La respuesta fue un ronquido.

—Parece que duerme... ¿No te habrás confundido? Tienes ese ruido metido en la cabeza...

—¡No ha sido una alucinación! —exclamó Stella.

La luz del *living* iluminó la parte baja de la casa y enseguida apareció Rex.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí?

—Nada, Rex... Stella ha creído escuchar el ruido de la máquina de escribir. Pero estoy segura que lo habrá soñado.

—¡No! ¡Basta! ¡No he soñado! Estoy segura.

Cintya miró con cierto respeto hacia lo alto de la escalera.

—Bueno... Yo nunca he sido miedosa. Pero... lo dices de un modo...

Rex estaba ya con ellas.

—Calma, calma —adujo—. Si hay alguien en el torreón, como no salte por la ventana no podrá escapar.

—Ten cuidado, Rex —murmuró Cintya.

—Vamos... Menuda compañía le proporcionas a la señora Brent.

Sin el menor signo de prudencia, Rex subió rápidamente los escalones y luego abrió la puerta, que dejó abierta. Subió de nuevo los peldaños hasta llegar a lo alto y murmuró:

—¡Aquí no hay nadie!

Cintya avanzó hacia la escalera y Stella la siguió como si quisiera cerciorarse ella misma. Rex estaba arriba junto a la ventana, que permanecía abierta. La luz estaba encendida, la de las paredes y la de sobremesa.

—¿Lo veis? Nada.

—¡La ventana! ¿La has abierto tú? —preguntó Stella.

—No, estaba abierta. Creí que la dejabais así. Su marido debía fumar mucho: huele bastante a tabaco. El humo se impregna en los papeles y en los libros. Es mejor que se ventile.

—¡Es que siempre estaba cerrada! —insistió Stella.

Rex sonrió.

—Vamos, vamos... ¿Acaso piensa que alguien ha podido huir por aquí? Hay más de siete metros de altura.

Stella estaba como aterrada y le costó aproximarse al hueco de la ventana.

—Señora Brent, suponiendo que alguien pudiera saltar y caer sin hacer ningún ruido, tenga en cuenta que primero hubiera tenido que entrar. ¿Cómo hacerlo? Todo está cerrado con llave. Claro que... si usted quiere estar más tranquila, cerraremos la puerta de entrada al torreón; guarde usted misma la llave. Y ahora, vámonos. Es más de medianoche. El doctor Meredith dirá que no hemos sabido cuidarla.

De pronto, los ojos de Cintya se posaron en las cuartillas holandesas que andaban revueltas por sobre la mesa. En la cabecera de la que estaba encima de todas había el número de la página 78, y Cintya murmuró:

—Juraría que...

Rex y Stella se volvieron hacia la muchacha, que enseguida trató de poner un gesto normal y murmuró:

—No, nada... Nada. Anda, Stella, vámonos.

Rex fue el último, cerró la puerta y entregó la llave a la dueña de la casa.

Cuando Stella se metió en la habitación, escuchó los pasos de la pareja bajando hacia el *living* y entreabrió nuevamente la puerta.

Oyó cómo Rex preguntaba a Cintya:

—Ahora suelta lo que has visto. ¿Qué te llamó la atención?

—Las páginas de la novela de Henry... Anoche las vi y juraría que sólo había 75.

—¿Y qué?

—¡Rex! ¡Hoy había 78 páginas!

Stella, tras la puerta entreabierta, sintió que las piernas se le doblaban. ¿Qué podía significar todo aquello?

CAPÍTULO XI

Cintya se llevó a Stella a dar un paseo. Era el día siguiente y por un extraño fenómeno de la naturaleza no llovía. No se alejaron demasiado. Stella parecía fatigada, pero Cintya sabía que lo que a la viuda Brent le ocurría era que tenía el terror metido en el cuerpo.

Y Stella confesó:

—Anoche oí lo que le decías a Rex, respecto a las páginas de la novela.

—¡Vaya! ¡No sabía que tuvieras la fea costumbre de escuchar detrás de las puertas! Ya sé... Ya sé que me dirás que estás en tu casa...

—Por favor, Cintya... Eso es grave. Habría que decírselo a la policía.

—Si hubieses escuchado todo sabrías que no es tan grave... Verás, yo puedo haberme equivocado. Las páginas no están bien puestas y he podido confundirme. ¿No te das cuenta que lo contrario no tendría explicación?

Stella guardó silencio.

—¿Tú encontrarías una explicación, Stella?

—No, claro que no...

—A menos que supieras cuántas páginas de su última novela tenía escritas Henry.

—Esto no lo sé. Nunca hablaba de trabajo conmigo, ni de cómo tenía las cosas.

—¿Lo ves? Lo que haremos será poner las hojas en orden y cerrar la ventana. Bueno, la ventana ya quedó cerrada ayer.

—Alguien tuvo que abrirla antes —insinuó Stella.

—Yo misma pude habérmela dejado abierta anteanoche. ¡Vamos, Stella! ¿Qué es lo que piensas?

—No lo sé... No lo sé, pero tengo miedo. Mucho miedo.

—¡Tonta! Lo que pasa es que estás agotada.

—Señora Brent, si me da su llave pondremos en orden las cosas de su marido —dijo Rex, después del almuerzo—. Naturalmente, usted estará con nosotros. Todo lo que hay arriba le pertenece ahora; quizá tenga interés en cambiar algunas cosas de sitio.

—No, no... Y la llave puede cogerla del manajo y guardarla si quiere —respondió ella, que apenas había probado bocado de lo que preparó Cintya.

—¡Es verdad que tienen las llaves de reserva tras la puerta! —sonrió Rex, y se levantó para tomarlas, volvió con ellas y se las entregó a Stella para pedirle—: Indíqueme cuál es.

Stella buscó, pero descubrió, con sorpresa, que la llave no estaba.

—¡No es posible! ¡Siempre han estado todas aquí!

—Bueno, bueno, calma —adujo Rex, tratando de evitar una crisis—. Sobre todo, no perdamos la calma.

—¡Hay que avisar al sargento! Ocurren demasiadas cosas inexplicables... Aquel dinero, la ventana, la máquina de escribir, las dos llaves que han desaparecido...

—Por favor, señora Brent —intervino nuevamente el detective—. ¿No puede ser que su marido la hubiera cogido?

—Él llevaba siempre la suya consigo.

—Pudo haberla perdido y cogió ésta y no pensó en decírselo a usted. ¿No es una explicación lógica?

Ella no supo qué contestar.

—Bueno, deme la suya y no hablemos más. Y piense que a veces sucede que todas las casualidades se reúnen en una misma circunstancia, como si fueran cosas de brujas o fantasmas...

Apenas había acabado de pronunciar la frase, se dio cuenta de que había metido la pata, Cintya le recriminó con la mirada. Stella sintió un escalofrío que no pudo disimular.

Pusieron algo de orden en el estudio del torreón. Cintya cuidó de poner una tras otra las páginas, y la última era la 81.

—¿Ves? Si hubieses vuelto a oír la máquina de escribir, seguramente pensarías que alguien ha hecho tres páginas de más. Y lo que pasa es que nadie sabía cuántas había.

Rex, sin embargo, notó algo que se abstuvo de manifestar. Observó las últimas páginas y luego rozó con los dedos la cinta de la máquina. A Stella no le pasó por alto el detalle, pero no dijo

nada; se limitó a decir que la dejaran sola unos instantes en el estudio.

No le gustaba estar allí, pero ya estaba cansada de hacer el papel de histérica y de hacer preguntas, las que los otros contestaban con excusas poco convincentes.

Y cuando Rex y Cintya hubieron abandonado la estancia, ella miró las últimas páginas, a partir de la 78, y observó el cambio de tinta. Las seis últimas estaban escritas con una cinta nueva. ¡Ésa era la razón! La tinta aparecía más fuerte. Tocó la nueva cinta y descubrió que, efectivamente, había sido cambiada hacía poco y apenas estaba usada.

¿Qué significaba aquello?

Abandonó el torreón con la misma rapidez con que lo hubiese hecho de haberse declarado un incendio. No quiso decir nada a los otros y se metió en su habitación.

Se tendió en la cama de bruces, apretando los puños; tenía mucho miedo y sentía náuseas a la vez... ¿Qué le estaba sucediendo?

Se levantó para ir hacia el baño privado y entonces sus ojos se posaron en la mesita de noche.

¿QUÉ ERA AQUELLO?

Una nota mecanografiada y un fajo de billetes... Con mano trémula, tomó la nota para leerla:

«Te espero donde ya sabes. Y, por favor, no desprecies mi dinero».

No había firma, y en cuanto a los billetes, era un fajo de unos cien de cinco libras cada uno, igual que el que encontró sobre la cómoda del desván.

Soltó la nota y el paquete como si quemara y salió sin poder contener su horror.

—¡Rex, Cintya!

No la oyeron. No estaban en la casa en aquellos momentos. Bajó la escalera tan deprisa que estuvo a punto de caer. Corrió hacia la puerta de salida y gritó de nuevo:

—¡Rex, Cintya! ¿Dónde estáis?

Cintya apareció por el garaje.

—¡Stella! ¿Qué pasa?

—¿Y Rex?

—Acaba de marcharse ahora mismo. ¿No has oído el coche? Pero... ¿qué te pasa? Si estás temblando otra vez...

—Cintya... Están tratando de hacerme perder la razón. Es... eso lo que buscan —y no pudo sostenerse en pie. Cayó desmayada, y Cintya le ayudó, cargó con ella y la llevó hasta la casa. Luego llamó al médico.

Cuando despertó, seguía en el sofá, y Meredith ya estaba atendiéndola.

—¡No! —gritó—. No quiero que me den nada. Es con el sargento con quien quiero hablar.

—Pero ¿qué pasa? —inquirió el médico.

—¿Has subido a mi habitación? —preguntó ella, mirando a Cintya.

—No. ¿Por qué?

—Vamos y tú misma lo verás.

Meredith miraba sin comprender. Cintya alzó los hombros como queriendo decir: «Es mejor que le siga la corriente».

Subieron. Stella entró primero y señaló la mesilla de noche.

Entonces tuvo motivos para desvanecerse de nuevo, porque allí no había nada. Ni dinero, ni nota.

Pero no se desmayó. Se encaró con Cintya y entornando los ojos, mirándola con expresión salvaje, soltó lentamente:

—Tú... Vosotros... Habéis sido vosotros. Mientras he estado desmayada...

—¿De qué estás hablando?

—Ahora lo veo claro... Todo lo que ocurre es obra vuestra... Pero hablaré con el sargento. Le explicaré todo. ¡Todo! —jadeaba, mientras el corazón latía tan deprisa y tan fuerte que hasta podía escucharse.

—Stella... ¿Pero qué estás diciendo?

—Doctor... Lléveme a ver al sargento. ¡Vamos, se lo ruego, doctor Meredith! —exclamó la dueña de la casa, bajando precipitadamente la escalera.

Meredith permanecía inmóvil, sin comprender. Y Stella aún se volvió hacia Cintya, que en pie, junto a la puerta abierta del dormitorio, observaba la escena en silencio.

—Vosotros robasteis el dinero. ¡Fuisteis vosotros! Yo os conté el

secreto y mientras dormía lo robasteis... ¡Vamos, doctor! ¡Vámonos deprisa! Y será mejor que cuando regrese, ni tú, ni Rex estéis aquí.

Cintya continuó inmóvil.

Stella y el doctor Meredith salieron fuera. Poco después, el médico, al volante de su automóvil, se alejaba junto a Stella Brent.

—Señora Brent —murmuró el sargento, buscando la posición más cómoda en su sillón—. La he escuchado y su historia podría parecerme verosímil si esos amigos suyos...

—¡No son mis amigos! —rectificó ella.

—Bueno, si esas personas que se han ofrecido para hacerla compañía pudieran ganar algo consiguiendo... digamos desequilibrarla.

Meredith, que estaba presente en el despacho del policía, escuchaba en silencio.

—Usted dice —prosiguió el sargento— que pretenden enloquecerla. ¿Con qué fin?

—Robaron el dinero.

—Eso es absurdo. En principio ya quedó probado que el dinero tuvo que desaparecer del jardín antes de aquella noche, pero aun admitiendo que pudiéramos estar equivocados y que ellos robasen el dinero... ¿por qué toda esa comedia?

—No... No lo sé... No acierto a comprender —musitó ella, reflexionando las palabras del policía.

—Si lo que esas personas pretendieran fuera despistarnos a nosotros para que no pudiéramos sospechar que tienen el dinero, obrarían de otra manera, pero no tratando de asustarla a usted.

—Debe haber alguna explicación.

—Hay que admitir las casualidades...

—Por favor, sargento... Yo vi ese dinero y la nota en mi mesilla de noche.

—Veamos, señora Brent. Enfoquemos los hechos desde otro punto de vista... La casa. Vale bastante. Si a usted, para decirlo de una forma llana, la declararan incapacitada y no pudiera disfrutar de lo que legalmente le pertenece... ¿quién saldría beneficiado?

—Pues... No tengo familia en Inglaterra.

—¿Ningún pariente?

—Unos primos, pero hace años marcharon a Australia. Ni siquiera nos escribimos.

—Entonces, puestos en lo peor, si a usted la encerraran, y es sólo una suposición, ni la casa ni los bienes pasarían a nadie... al menos de momento.

—No había pensado en esto.

El sargento sonrió paternalmente.

—Comprenderá entonces, señora Brent, lo absurdo de sus sospechas...

—Pero...

—Sí, sí... sé lo que va a decirme... Esas cosas han sucedido realmente, y pienso comprobarlas por mí mismo. Lo que ha dicho de la cinta de la máquina, de esas páginas de una novela inconclusa que al parecer pueden haber sido añadidas... Todo eso aceptémoslo como real, pero para buscar al culpable hemos de pensar en otra persona.

—¿Otra persona?

—En otras circunstancias, pensaría en el cómplice de su marido, pero en su anterior declaración usted aseguró no conocerle de nada. Tampoco es de suponer que estuviera al corriente de las costumbres de su marido. En fin, si hubiese cogido el dinero, no perdería el tiempo en jugar a asustarla a usted, sino que se hubiese largado para intentar gastarlo alegremente.

—Pues no sé, sargento...

—Bueno. El juez todavía no ha firmado la muerte oficial de su esposo.

—¿Eeeh?

—Bueno, bueno, ahora soy yo el que le ha dado un sobresalto. Quiero decir que aunque el juez no haya declarado oficialmente que el señor Brent está muerto, desgraciadamente lo está. De eso no puede haber la menor duda, a pesar de que su cuerpo no se haya encontrado.

Tras un silencio y la angustia de la mujer, el sargento añadió:

—Entonces si su marido, que sería el legítimo heredero de la casa, y por tanto el único que hubiese podido urdir esa comedia, no puede ser... Como comprenderá, no podemos pensar en fantasmas.

Stella sintió un nuevo escalofrío.

Regresaban a la casa en el coche del sargento. El médico se había quedado en el centro y el policía murmuró:

—La mejor garantía de que ni Rex Prentice, ni Cintya Simmons

le harán nada es mantenerlos dentro de la casa. Nosotros seguimos vigilando. Ellos saben que si a usted le ocurriese algo, no existirían más sospechosos que ellos mismos; por lo tanto, yo no diré que confíe, sólo que no tema. Además... tenemos un informe del señor Prentice. Es un buen detective, aunque demasiado temperamental, y por eso se ve privado de la licencia a menudo, pero ha intervenido en casos importantes y ha colaborado con la policía. No es mala persona.

Luego habló de Cintya, de la que también se habían procurado un informe.

Dijo que era una muchacha normal que nunca había dado ningún escándalo y que vivía de su trabajo, copiando manuscritos en su casa o trabajando a domicilio cuando le solicitaban sus servicios. Concluyó diciendo:

—Sus informes son excelentes.

El auto se aproximaba ya a la mansión. Rex, que había regresado, miró un momento a través de la ventana y vio los faros a lo lejos. Volvió junto a Cintya y la tomó por los hombros.

—¿Vuelve? —inquirió ella.

—Creo que sí —y buscó los labios de la muchacha para besarlos.

—¡Oh, no! Ahora no... Estoy nerviosa.

—¿Por todo esto? ¡Bah! —Trató de acercar nuevamente sus labios a los de la secretaria.

—Rex... Están pasando cosas y tú...

—No pasa nada. Todo son figuraciones de esa loca. ¿No es así?

—Estoy nerviosa, no puedo evitarlo.

—Entonces, larguémonos.

—¿No quieres ver el final?

Rex se encogió de hombros, resignado, en el momento en que el cierre de la portezuela del coche indicaba que Stella y el sargento acababan de bajar del vehículo.

El policía fue conciso.

—He venido a hacer personalmente unas comprobaciones. Espero que quiera colaborar conmigo, señor Prentice.

—Creo que es lo que he estado haciendo... Pero Cintya me ha dicho lo que ha pasado esta tarde.

—Lo de esta tarde procuremos olvidarlo —cortó el sargento—. Ya se lo he dicho a la señora Brent, y ella cree que se ha excedido.

En su estado anímico es lógico... Le he dicho también a la señora Brent que ustedes, sobre todo usted, señor Prentice, por vivir bajo este mismo techo, procurará por todos los medios que no le ocurra nada, ¿verdad?

—Por supuesto, sargento. Pero no comprendo a qué viene todo esto... He pasado tres noches casi sin pegar un ojo. Y... bueno, bueno, disculpe, señora Brent. Quizá hayamos tenido poca paciencia.

El policía atajó a Rex para decir:

—Es evidente que alguien ronda la casa. Alguien muy sagaz que ha conseguido pasar inadvertido a los agentes. Alguien que debe conocer muy bien esto.

—Oiga... ¿Y supone también que entró en el torreón y escribió a máquina? ¿Por dónde entró, sargento?

—Ahora voy a echar un vistazo a todo esto.

—Yo no creo en fantasmas, inspector —y miró fijamente a Stella.

El sargento se limitó a hacer una concisa pregunta.

—Entonces, ¿puede decirme quién ha escrito seis nuevas páginas de una novela después de cambiar la cinta?

El detective no contestó; fue el sargento quien manifestó:

—Que alguien me abra la puerta del estudio del señor Brent. Quiero ver personalmente esas páginas.

Entonces alguien gritó fuera:

El policía, junto con Brent, corrieron hacia la puerta. Uno de los agentes estaba ante el doctor Meredith, con quien se disculpaba:

—¡Oh! Lo siento, no le había reconocido... Como venía usted a pie...

Cintya y Stella corrieron tras los dos hombres mientras Meredith se justificaba.

—La batería se agotó a un kilómetro de aquí, cuando me dirigía a ver a la señora Brent; por eso vine a pie. Pensaba pedirle al señor Prentice que me echara una mano. Con esa oscuridad no se ve nada.

—Tengo una buena linterna. Luego iré a echar un vistazo, doctor —dijo el aludido.

Pasada la falsa alarma, el sargento se dirigió con Brent hacia el torreón, Cintya les acompañó y Meredith se quedó con Stella en el *living*.

—Me encuentro bien.

—Pues es difícil encontrarse bien en la tensión a que la tienen sometida... Me refiero a los acontecimientos... —Sentado frente a ella, la miró casi como embobado.

Meredith, que había sobrepasado la cuarentena, no parecía ciertamente un médico. Al menos a Stella se le antojaba un hombre carente de autoridad, vacilante, quizá debido a un complejo de timidez.

Siguió mirándola y murmuró:

—Señora Brent... Stella, la conozco hace tiempo y siempre he sentido una profunda admiración hacia usted. Quisiera ayudarla...

—Bueno, ya lo intenta con sus medicamentos —murmuró ella.

—Sí, lo intento y no sé si lo consigo. Lo único que quiero pedirle es que si... puedo hacer algo más, aunque no sea como médico.

Ella iba a pedirle que aclarase ese «algo más», pero creyó adivinarlo.

Una mujer nunca se equivoca en ciertas cosas y aquella forma que tenía el médico de mirarla en aquellos instantes parecían quererle transmitir un sentimiento que iba mucho más allá de la relación entre médico y paciente.

No. No le dijo nada, pero pensó: «Está enamorado de mí».

Él tampoco insistió, o al menos no se comprometió.

—Lo que trato de decirle es que confíe en mí. Yo... la crearé siempre, Stella.

Volvió a llamarla por su nombre de pila. Luego dejó de mirarla como si le avergonzara que ella hubiese podido descubrir el verdadero alcance de sus palabras.

Regresó el sargento, con Rex y Cintya.

—Lo dicho: tendremos que vigilar más atentamente. Si no se considera capaz, señor Prentice, destinaré a un agente en la casa.

—No, no... Si de veras tiene que suceder algo, es mejor que ese «alguien» no vea policías cerca. ¿Comprende? Yo le prometo no dormir.

—Bien, Prentice. Esperemos que esto termine pronto.

Sin más explicaciones, el oficial se despidió de la señora Brent y luego Rex salió con el doctor, murmurando:

—Le llevaré en mi coche. Veremos lo que le sucede a esa batería.

A cualquiera le hubiera dado la sensación de que no ocurría nada. Todo parecía normal, intrascendente. Todo menos aquel misterio intangible que flotaba en el ambiente. ¿Qué iba a ocurrir aquella noche?

CAPÍTULO XII

Todo estaba en silencio, un silencio total, incluso demasiado absoluto; ni siquiera ululaba el viento como otras noches, ni se oía el monótono caer de la lluvia, porque la noche, aunque nublada, no auguraba ningún chubasco.

Stella, por más que lo intentó, no podía conciliar el sueño. Consultó su reloj de esfera luminosa y comprobó que eran las doce y cinco minutos. Le extrañó no haber oído las campanadas lejanas. Quizá se había dormido sin darse cuenta, pero ella seguía teniendo la impresión de que desde que se había acostado no había conseguido pegar un ojo.

Entonces, mirando hacia la ventana, vio, como siempre, la sombra de la rama, pero es que además estaba segura de haber escuchado un «click». Como si alguien hubiera echado una piedra a los vidrios.

Se aproximó lentamente mientras aquel escalofrío constante que parecía haberse alojado perpetuamente en su columna vertebral le ponía la carne de gallina.

Apartó suavemente las tenues cortinas de tergal y lanzó un grito que, sin embargo, no llegó a trasponer su garganta porque el terror hizo que se ahogara en ella.

Allí había un hombre, entre las ramas.

Un hombre que vestía una americana a cuadros como... como ¡la de su marido!

—¡Rex! ¡Rex! —llamó con todas sus fuerzas, cuando pudo recuperar la voz. Corría a pesar de que algo parecía atenazar sus piernas.

—¿Qué pasa? —gritó el detective.

Ni ella misma supo cómo había conseguido abrir la puerta, pero el detective ya estaba arriba.

—¡Vamos, vamos! ¿Qué pasa?

—¡Un hombre! ¡En el árbol!

Para Rex fue suficiente. Se lanzó hacia la ventana. El hombre seguía aún allí.

—¡Alto! —gritó el detective tras abrir la ventana. El hombre sacó algo del bolsillo. Era una linterna muy potente, con la que trató de deslumbrar a Rex.

—¡Apague eso!

El hombre siguió en su extraña posición. El detective sacó de su bolsillo un revólver.

—¡Voy a disparar! ¡Si intenta moverse, disparo!

Entonces el hombre saltó con la agilidad de un simio.

Rex abrió fuego un par de veces. Stella, horrorizada, se aproximó a la ventana a tiempo de ver cómo el hombre desaparecía en la oscuridad.

El detective corrió hacia la escalera, la bajó de un par de saltos, cuando Cintya ya le abría la puerta de la casa para ganar tiempo.

Rex continuó su marcha frenética hasta que también fue engullido por la oscuridad.

Todavía sonaron más disparos.

Cintya había vuelto con Stella, aunque no le dijo nada. Las relaciones parecían tirantes a pesar de las apariencias. Stella se dejó caer sentada sobre la cama, ocultando el rostro entre las manos.

Toda la policía del lugar estaba allí. El sargento, cuidadosamente, había recogido la linterna que perdió el hombre que había subido al árbol. La entregó a un subordinado, ordenando:

—¡Que examinen sus huellas!

—Tiene que haberlas porque no llevaba guantes. De eso estoy completamente seguro —dijo Rex.

—¿Dónde dice que le perdió? —preguntó el sargento.

—Al otro lado de la carretera, en una hondonada, hay un bosque. Pareció como si se esfumara. De veras, no creí que pudiera escapárseme.

El sargento se aproximó al árbol y miró las huellas de los disparos.

—Pase lo que pase, no vuelva a disparar. Quiero a ese hombre vivo...

Stella estaba allí, con un abrigo puesto sobre el camión, aterida y aterrada.

Cuando el sargento regresó a la casa, no sabía cómo empezar a decir lo que le había llevado allí.

—Confiábamos en encontrar huellas de pisadas. El terreno está blando todavía y es fácil que queden impresas, pero no lo comprendo... O Rex se equivocó y el hombre siguió otra ruta, o... bueno, eso no es lo más importante.

—Yo no me equivoqué, sargento —terció Rex—. Seguí al hombre.

—También dijo que no llevaba guantes, ¿verdad? ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Anoche asomó un poco la luna. Ese tipo agitaba las manos, y pude vérselas perfectamente... Le tenía casi cogido. Escupiendo le hubiese alcanzado, y perdone la expresión.

—Sin embargo, se le escapó. Usted es un hombre ágil, Prentice.

—Bueno, ya le dije que fue a la entrada del bosque. Allí le perdí... ¿Qué quiere que le diga?

—No lo sé...

—¿Y esas huellas?

Cintya y Stella permanecían silenciosas en el *living*. El sargento no contestó enseguida a la pregunta.

—Había... unas marcas extrañas, pero ninguna huella...

—¡Dígalo, sargento! —soltó, de pronto, Stella—. Dígalo... Usted piensa que puede ser mi marido. ¿No es eso?

—No, señora Brent. Los muertos no dejan huellas. Y su marido está muerto.

—Un momento... Usted ha hablado de marcas —dijo Rex.

—Sí, pero no son... no son huellas dactilares. En el laboratorio tratan de descubrir qué es. No lo sé. En fin. Temo que perderemos otro día... Lo siento, buenas tardes.

Stella quiso decir algo, pero no lo hizo. Luego, al quedarse a solas con los otros, murmuró:

—Piensan que está vivo, pero no se atreven a confirmarlo.

—Escuche, señora Brent —terció el detective—. ¿Tiene usted una linterna? Quizá vaya a necesitarla. Anoche, arreglando la batería del doctor, agoté las pilas, y ahora ya es tarde para ir a comprar una.

—En el garaje debe haber una grande.

—Ya lo he mirado, pero no había ninguna —repuso Rex.

—Tiene que haber. Es roja, larga y cilíndrica.

—¿Roja ha dicho? —inquirió Rex.

—Sí, ¿por qué?

—No, no... por nada —y se dirigió hacia la puerta. Stella corrió hacia él sin poderse contener.

—¿Cómo era la linterna que encontraron anoche, Rex?

—No sé... —vaciló el detective.

—Usted la vio. ¿Cómo era la linterna que perdió ese hombre?

Tras un silencio, el detective murmuró:

—Era roja, pero... ¡eso puede ser una casualidad!

—¡Dios mío! —susurró ella.

Luego, pensando en las palabras del sargento, repitió para sí misma aquella frase:

«Los muertos no dejan huellas».

CAPÍTULO XIII

Eran cerca de las once y nadie parecía tener deseos de acostarse. Cintya asomó unos instantes y anunció:

—Se acerca un coche. Puede que sea el sargento con nueva información.

Stella se precipitó hacia la ventana. Ella, más que nadie, quería conocer más detalles... Sobre todo de las huellas, o de las marcas...

El auto avanzaba lentamente y al llegar a la altura de la casa, que distaba unos cincuenta metros del sendero, se detuvo.

—No es el coche del sargento —musitó Stella.

Los faros del coche se apagaron y entonces Stella lanzó un grito:

—¡No!

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Es el «Porsche»...! ¡El «Porsche» de... Henry!

—¡Qué tontería! ¡El «Porsche» lo sacaron hecho un montón de chatarra! —gritó Brent, aunque aproximándose a la ventana.

Miró a través de los cristales y murmuró:

—Entiende poco de coches. Éste no es un «Porsche»... Pero de todos modos, me acercaré para ver qué diablos quiere el hombre que va dentro de ese coche.

Salió el detective, y de pronto, cuando ya estaba a mitad de camino entre la casa y el sendero, el auto se puso en marcha rápidamente, su conductor dio la vuelta y lo hizo avanzar hacia Rex.

—¡Cuidado! —gritó Cintya, aterrada—. Va a atropellarte.

Posiblemente le hubiese alcanzado de lleno si la habilidad del detective no hubiese sabido esquivar a tiempo. Se lanzó a un lado antes de que el automóvil le arrollase.

El hábil conductor volvió a maniobrar para intentar alcanzarle por segunda vez.

Rex escapó en dirección a uno de los árboles mientras el

automóvil le pisaba los talones.

Saltó tras hacer un quiebro para engañar al conductor, que a su vez tuvo que esquivar el árbol.

Rex sacó entonces el revólver del bolsillo y se dispuso a disparar.

—¡Al diablo las órdenes del sargento! —Oyeron las dos mujeres cómo gritaba.

El conductor ya no volvió a realizar una tercera intentona. Enfiló por el camino y desapareció.

Rex efectuó un par de disparos hacia las ruedas, pero no logró acertar. Sin pensarlo más, corrió hacia el garaje y en su propio coche se lanzó en persecución del que había intentado atropellarle.

—Volvamos dentro —dijo Cintya, empujando suavemente a Stella Brent.

Entraron y Cintya cerró la puerta. Entonces se apagó la luz como cuando solía suceder en las tormentas.

—¿Dónde están las velas? —preguntó Cintya.

Alguien se acercaba lentamente por la parte exterior.

Stella dijo a Cintya que las velas estaban en la cocina, y fue por ellas.

La silueta avanzaba hacia la puerta principal de la casa.

Stella tenía las manos cruzadas sobre el pecho, intentando dominar su angustia.

—Es como una pesadilla —murmuró.

—¡No las encuentro, Stella! —gritó Cintya desde la cocina.

—En el estante. Ya voy...

La silueta pasó un momento por delante de la ventana de la casa y Stella la vio. Otra vez el miedo la impidió gritar.

—¡Ah! Ya las tengo. Las he encontrado —gritó Cintya, desde la cocina.

Unos nudillos golpearon la puerta. Stella contenía la respiración.

Rex seguía una frenética carrera por el sendero de ronda, que iba a unirse con la carretera de la costa, pero sin pasar por el centro de la villa.

Los nudillos sonaron nuevamente y luego las pisadas se alejaron deprisa.

Por casualidad, Stella fijó sus ojos en el suelo y vio el sobre que sin duda acababan de echarle bajo la puerta.

Había su nombre escrito en él. Lo cogió con mano trémula y lo

rompió.

Dentro había una nota breve:

*«Necesito hablar a solas con usted, señora Brent.
Estaré en el garaje. Por favor, no debe temer nada de
mí.*

»Christian Meredith».

Cintya salió del fondo con un candelabro de tres velas encendido.

—Bueno... Al menos nos veremos las caras... No me explico cómo podían vivir sin luz nuestros antepasados.

Stella arrugó el papel entre sus manos y murmuró:

—Voy... voy a buscar algo en el garaje.

—¿Ahora?

—Sí. Es un momento.

Sin saber por qué, al doctor Meredith era al que menos temía, sobre todo desde que descubrió su secreto, sus sentimientos para con ella.

En cualquier caso, sacó fuerzas de flaqueza para acudir a la cita.

Avanzó en la oscuridad hasta llegar al garaje. La puerta estaba entornada.

—Doctor Meredith —llamó, quedamente.

Al fondo alguien encendió un fósforo.

—Soy yo, pase...

Tardó unos segundos en habituar sus ojos a la oscuridad; luego Meredith, acercándose más a la puerta, hizo que su rostro pudiera distinguirse.

—Seré muy breve, Stella... Y no quiero que interprete mal mis palabras... Ya le dije que sentía una gran admiración por usted y... bueno, he pensado tomarme unas vacaciones... Mañana mismo puedo marchar si quiero... Debería venir usted conmigo.

—¿Qué?

—Stella... Es por su bien, créame; fuera de este ambiente dejará usted de sufrir.

Ella guardó silencio al principio.

—Es que... —vaciló.

—Lo necesita. La veo sufrir, está angustiada a todas horas. Es demasiado para usted y yo... yo querría evitárselo.

—Por favor, doctor... Parecemos dos colegiales escondiéndonos de nuestros padres.

—No importa. Yo quiero ayudarla. No importa lo que piense. Sé que puedo ayudarla. ¿Qué contesta?

—No sé... Ahora, desde luego, no —no sabía cómo despachar a Meredith, y por supuesto, en principio estaba lejos de aceptar su consejo y su propuesta—. Lo pensaré. Tal vez más adelante. Lo siento... No puedo seguir aquí. Adiós, doctor. Y agradezco en lo que vale su buena intención.

El médico se alejó sin más comentarios. Se perdió en la oscuridad.

Cuando ella entró en la casa, escuchó de lejos el ruido de un coche en marcha alejándose.

—¿Qué buscabas? —preguntó Cintya a Stella.

—No, nada importante —repuso ella, yendo a sentarse al sofá, junto a Cintya.

Se produjo un largo y hasta embarazoso silencio.

Un silencio que quedó cortado por un sonido lejano, apagado... pero inconfundible.

El sonido que producen las teclas de una MAQUINA DE ESCRIBIR.

—Otra vez... —musitó casi en un susurro la dueña de la casa. Luego miró a Cintya, que tenía también los ojos muy abiertos.

—Lo estás oyendo, ¿verdad? ¿Lo estás oyendo como yo?

Cintya asintió como si tuviese miedo de hablar.

—Hay alguien arriba... ¡Y tenemos que averiguar quién es!

Stella fue la primera que comenzó a subir la escalera, pero Cintya gritó:

—Espera... Ya sabes lo que dijo el sargento. Rex y yo somos responsables. Si te ocurriera algo...

A medida que subían al primer piso, el tecleto se oía con mayor nitidez.

Tacatac... tac, tac, tacacatac, tac, tac.

Llegaron hasta la habitación de Stella y su compañera le pidió:

—La llave. Dame la llave.

La máquina seguía escribiendo... Escribiendo...

Con la mano temblándole, Stella abrió el cajón de la mesita para buscar la llave, cuando Cintya, desde la puerta, exclamó en un murmullo:

—La puerta está abierta... Hay... hay una extraña luz arriba.

Las piernas de Stella parecían negarse a sostenerla, pero aun así, se reunió nuevamente con Cintya, que avanzó a su vez hacia la escalera del desván.

Sí. Desde el rellano podía verse abierta la puerta del torreón y las escaleras que subían a partir de esa puerta, y también podía oírse el mismo ritmo monótono:

Tac, tacataca, tactacatac.

Cintya llegó hasta lo alto y siguió hasta la puerta, que terminó de abrir.

Se volvió un momento hacia Stella, que seguía paralizada abajo, y decidió entrar.

Avanzó sin hacer ruido. Un peldaño, dos, tres; sólo quedaba otro.

Luego, sus piernas desaparecieron ya en lo alto.

El tecleto se detuvo y entonces Cintya gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aaaaah!

A continuación, el ruido de un cuerpo al caer al suelo y el silencio más absoluto.

Stella, sin poderse contener, gritó:

—¡Cintya! ¡Cintya!

Primero no obtuvo respuesta, después sí... Después volvió el tecleto rítmico y monótono:

Tacatac... Tacatac... Tacatac...

Stella sintió como si unas manos invisibles atenuaran su garganta amenazándola con matarla.

¡Estaba sola en la casa!

Sola con aquel ruido siniestro.

Tacatacac... Tacatac...

CAPÍTULO XIV

¡El teléfono! ¡Tenía que llamar al sargento! ¡A alguien que la ayudara!

Entró en su habitación y cogió el auricular, pero por más que golpeó, el soporte no obtuvo línea.

¡Estaba cortado!

Y el ruido de la máquina, que a fuerza de oírla se le antojaba como repetidos cañonazos.

Sus ojos fuera de las cuencas, los latidos de su corazón martilleando su interior y aquella sensación de ahogo y angustia... Era demasiado, demasiado para ella, pero necesitaba saber la verdad, y aun a pesar del terror indescriptible a que estaban sometidos sus sentidos, decidió avanzar... descubrir por sí misma la verdad.

Las piernas le pesaban, algo invisible parecía agarrotárselas, pero siguió andando hasta salir de la alcoba y luego comenzó la ascensión de aquellas escaleras que conducían a la entrada del torreón.

Tacatacac... tac, tac, tac...

¿Quién estaría escribiendo? ¿Quién?

Un peldaño más. Porque a veces incluso en el paroxismo del miedo es cuando el propio instinto de conservación nos mueve, nos guía, aun a pesar nuestro, aun al borde de la muerte producida por el colapso del corazón, que no puede mantener el ritmo.

Un peldaño más...

Tacacatac... Tac, tac...

Otro peldaño...

El rostro de Stella era como una máscara, blanca y desencajada.

Otro peldaño mientras unos dedos ágiles seguían tecleando.

Y llegó al rellano. Se aproximó a la puerta. Ahora el tecleto se oía con mayor nitidez, y hasta creyó escuchar como un jadeo, un

jadeo ronco que le pareció irreal, fantasmagórico.

Tacatatac...

Su zapato tropezó al intentar subir el primer escalón ya dentro de la torre.

La máquina seguía.

Ella, también. Con voluntad de hierro, pero sabiendo que no le quedaba mucho tiempo para resistir. Estaba al límite de lo que un ser humano es capaz de soportar.

El tercero. El cuarto...

De pronto, una carcajada siniestra... La ventana abierta de par en par y algo que flotaba yéndose hacia abajo. Fue solo una visión fugaz.

Entonces se dio cuenta de que había caído sobre el cuerpo de Cintya y se levantó rápidamente.

La máquina estaba allí, con una cuartilla que empezaba por el número 95. Y abajo podía leerse la palabra FIN.

—¡No! —gritó ella.

Además, había otra cosa sobre una mesa auxiliar...

Unos fajos de billetes. Seis o siete, o diez... No era ni capaz de contarlos...

Quedó inmóvil.

Aquella sombra que había visto perderse en la ventana, Cintya en el suelo... La novela terminada y ¡el dinero!

—¡Aaaah! —El grito se prolongó durante muchos segundos, un minuto, o más... Era el límite, algo estaba a punto de romperse dentro de Stella.

Pero no... Aún tuvo el valor de salir huyendo de allí como el espíritu de un aparecido.

Salíó fuera de la casa y corrió hacia el garaje. Corrió como una loca, tropezó, cayó, se arañó, pero consiguió su bicicleta. Era el único medio de locomoción de que disponía y se alejó de aquella casa.

La cuesta abajo favorecía su marcha. No tenía que esforzarse pedaleando... para seguir huyendo, huyendo...

Cruzó la villa solitaria, con las escasas luces que alumbraban la plaza. No había nadie a aquellas horas. Se dirigió directamente hacia la carretera descendente.

Entonces vio los faros del automóvil que surgió de improviso,

como si la estuviera esperando. Quiso salir de su trayectoria y entró en la cuneta, no pudo dominar la máquina y Stella salió despedida.

El automóvil se había detenido, con los faros encendidos, y ella pudo ver la silueta del hombre que salió de él y avanzaba a su encuentro.

Trató de reconocer al que se le acercaba. Su rostro seguía siendo una máscara desencajada.

Luego escuchó la voz de Meredith.

—No se asuste, Stella. Sabía que la encontraría.

—Usted otra vez...

—Vamos —la ayudó a levantarse—. ¿Se ha lastimado?

—No, déjeme...

—Sé dónde vas, pero no quiero que lo hagas... ¿Entiendes? No quiero. Ven conmigo. Te llevaré a mi casa —la tuteaba, la cogía, aproximándose a ella tanto como podía—. Stella, Stella...

—Déjeme, suelte. Está loco.

—No. La loca eres tú.

—¡No! Yo no estoy loca...

—Vamos, sube... —La obligó a entrar en su coche. Él entró por el otro lado y se fijó en las piernas y muslos de la muchacha, llenos de tierra y de arañazos por la caída.

—Te curaré eso.

—No quiero ir con usted.

—No seas loca. Lo sé todo.

—¿Qué dice?

—Escucha. Tú siempre me has gustado, ¿sabes? Por eso venía con frecuencia por tu casa... Tú no me veías siempre... Yo, sí. Estabas triste. Tu marido apenas te hacía caso. Pero yo... Yo siempre he respetado a la esposa de los otros, ¿sabes? Soy un buen hombre...

—Pero... ¿de qué me está hablando?

—Tú lo sabes, Stella. Yo... nunca te haría ningún daño. Viviría solo por ti... Pero jamás osé proponértelo mientras Henry vivía...

Ella contenía el aliento. Deseaba saber hasta dónde quería ir a parar.

El médico continuó:

—Aquel día... vi todo lo que pasaba en tu casa... No tenéis persianas y con las luces encendidas dentro y la oscuridad de fuera

es fácil verlo todo...

—¿Verlo...?

—El dinero.

—¿Eeeh?

—Sí... Vi cómo tu marido lo enterraba.

Ella palideció más aún, pero ahora ya no era terror lo que sentía. Era otra clase de miedo.

—Luego vi lo que hiciste en el coche de Henry... El líquido de los frenos, ya sabes...

Stella ya no tenía ganas de decir nada más. Y Meredith continuó:

—También vi cómo aquella mañana desenterrabas el dinero... Sabía que te proponías algo... Lo deduje enseguida... Querías librarte de Henry, y no dije nada porque pensé que... que de este modo tú serías libre y yo...

—Está loco, Meredith...

—Espera... espera. No he terminado. Yo... yo sabía que se acercaba el final, y la misma tarde, cuando saliste en la bicicleta, te seguí a distancia. Vi que lo que hacías era seguir a tu marido, porque querías cerciorarte de que los frenos fallarían, de que tu *arreglo* daría resultado... Y pudiste ver cómo se despeñaba.

—¿Y qué más cosas sabe, Meredith? —preguntó ella, con calma.

—El sitio donde enterraste el dinero... Cerca del lugar del accidente... Lo hiciste aquella misma tarde. Lo llevabas en un gran bulto en el portaequipajes... Luego regresaste y fuiste a la bodega a comprar *whisky*. ¿Lo sé todo o no?

—Y eso que ha ocurrido... ¿Una comedia? Lo que ha pasado después... ¿Lo ha organizado usted? ¿Para qué? ¿Para hacerme caer en sus brazos?

—No, Stella... Han sido ellos. Lo presentía; por eso no quería que cayeses en la trampa... ¡Oh! Yo quería advertirte, lo presentía. De veras, pero...

—Comprendo. No siga, quería verme aterrada... Para convencerme más fácilmente.

—No, Stella. Yo no quiero que te hagan daño. Ellos deben saberlo también, no sé cómo, pero...

—Doctor... —Abrió la portezuela del coche y salió—. Debo pensar en lo que me ha dicho.

El médico salió también para colocarse a su lado.

—No podemos estar aquí... Te llevaré donde quieras, pero no les hagas el juego. Están allí. No les he visto, pero sé que están allí. Esperan que vayas a rescatar el dinero... Es la única prueba que tienen...

—Está bien... Usted gana. Pero primero quiero cerciorarme... —sonrió y hasta se mostró insinuante: El médico tragó el anzuelo y se aproximó más a ella. Quería besarla.

—Stella. Yo te haré fel...

No pudo continuar. Ella le empujó con fuerza.

—¡Apártese, imbécil! Jamás podrá probar lo que dice.

Cogido a contrapié, Meredith cayó hacia atrás mientras ella aprovechaba para entrar en el coche y ponerlo en marcha rápidamente.

Ahora sí... Ahora necesitaba más que nunca averiguar si el dinero continuaba allí, en el escondrijo donde el médico había asegurado vérselo poner.

Aceleró.

El auto alcanzó una velocidad de vértigo y ella no estaba acostumbrada a conducir por aquella carretera.

Meredith tuvo un presentimiento.

—¡No, Stella, no!

Llegaba a la zona donde comenzaba el precipicio y el coche seguía veloz...

Stella tenía ahora una extraña sonrisa en los labios. ¡Sabía que todo había sido una comedia!

Pero... ¿y si fuera verdad que la estuvieran esperando?

Dudó. Dejó de atender la carretera; un siniestro presentimiento cruzó dentro de sí. Era tarde para rectificar. Trató de frenar. Quizá le convenía dar la vuelta y volver con el doctor. Al fin y al cabo, aquel loco estaría dispuesto a todo para ayudarla.

Pisó el freno. Las ruedas derraparon. Gritó. Vio el oscuro precipicio que iba a tragarse el coche. Siguió gritando.

Fue inútil. El automóvil se despeñó al vacío. Dio varios tumbos hasta quedar inmóvil en un terraplén. Allí estalló. El mar quedaba todavía unos metros más abajo. El agua no podía apagar el fuego, que asaba viva a Stella Brent.

El doctor Meredith, cabizbajo, había confesado lo que sabía.

El sargento, Rex y Cintya, junto con otros dos agentes, habían

permanecido silenciosos.

La reunión tenía lugar en la casa que ahora ya no tenía dueño.

Rex jugueteaba con un magnetofón de reducidas dimensiones. Pulsó un botón y surgió un sonido peculiar:

Tacatac, tac, tac. Tacatatatac...

—¿Por qué? —preguntó Meredith—. ¿Por qué hicieron todo esto?

—La aficionada a las novelas policíacas se lo explicará, doctor —dijo Rex, señalando a Cintya.

—Bueno —repuso la chica—. Ella dijo algo que la delató... Oficialmente solo había ido a buscar *whisky* para Henry. ¿Cómo podía saber que había habido un desprendimiento de tierras en la carretera? Habíamos hablado de ello antes; no mencionó para nada haber pasado por aquella carretera. Sin embargo, «estaba enterada». Así que cuando supe que el arreglo estuvo listo en poco tiempo, empecé a sospechar.

El sargento añadió:

—El inspector de Scotland Yard iba tras la pista del cómplice de Henry. Es un viejo conocido de la policía y dijo que estaba aquí. Le cogimos poco después de haber estado en casa de los Brent. Aquí los forasteros se identifican pronto. Él confesó.

—O sea, que antes de que Stella les contara la verdad, ustedes ya la sabían —adujo el médico.

—Exacto, pero quisimos oír su versión. Dijo la verdad, pero omitió decir que había sido ella misma quien robó el dinero. Entonces a nosotros nos interesaba sólo ese detalle; lo de su marido podía admitirse como accidente.

—Olvida algo, sargento —adujo Cintya—. Los billetes.

—Bueno. Es lo mismo... Aunque el inspector del Yard dijo que los billetes no tenían la numeración tomada, había algunos que sí, y Brent cometió el error de pagar justamente con ellos. Empezamos a seguir la pista de los billetes y en la farmacia...

Saltó de nuevo Cintya para terminar:

—El dinero de la farmacia me lo dio Stella, y después aseguró que ella no había querido coger nada de aquel dinero robado. Entonces... ¿cómo lo tenía? Y deduje que si había mentido en aquello y si sabía que había habido un desprendimiento, puede que mintiera en algo más.

Y Rex arguyó:

—Al día siguiente de mi llegada hablé con el sargento. Debido al asunto del escape de líquido de frenos cabía la posibilidad de que el accidente de Brent hubiese podido ser provocado y Cintya propuso poner a prueba sus nervios.

—Al principio no sabíamos absolutamente nada —confesó el sargento—. Ellos empezaron, luego todo estaba ya en marcha y asumí la responsabilidad de esa comedia.

—Bueno —añadió Rex—. La verdad es que ya habían descubierto el nuevo escondrijo del dinero.

—Cierto —dijo el sargento—. Así pues, sólo faltaba encontrar el culpable. Por procedimientos normales habría sido muy difícil lograr una confesión de Stella, y puesto que ellos ya habían empezado con su comedia sin consultar con nosotros... les di un margen de tiempo para que prosiguieran.

Al decir «ellos», el sargento indicó a Rex y a Cintya. Y fue ésta la que concluyó:

—Yo apreciaba mucho a Henry... No... No estaba enamorada. Le admiraba.

—Admiras a todos los que se ponen delante de una máquina de escribir e inventan monstruosidades —murmuró Rex.

—Bueno. Ya está dicho. No tengo por qué rectificar... Sabía que su esposa no le hacía feliz. Era extraña, quizá no fuera culpa suya, pero si tanto detestaba la profesión de su marido, ¿por qué se casó con él? Al fin y al cabo, Henry ya escribía antes de conocerla.

—No divagues, querida —atajó Rex.

—Bueno... Yo tenía razón —aún dijo ella—. Si los errores de Stella no eran suficientes, estaba la mancha de líquido allí en el garaje, reciente todavía. Ni siquiera la había borrado, y el corte en el tubular de la bicicleta. Para justificar su tardanza, me hizo creer en un reventón... Yo entiendo de bicicletas... Cuando vivíamos en el campo tenía dos y me las reparaba yo misma... Lo del tubular no era un pinchazo, era un corte. Debí hacerlo expresamente antes de llegar a ver que la estaba esperando. Para ir de la villa a su casa, no se está tanto tiempo.

—Bueno, de cualquier modo ésos no son procedimientos normales —dijo el sargento—. Se había empezado y les dejé que continuaran porque me gusta descubrir la verdad, y se ha

descubierto; pero eso se habría evitado si el doctor Meredith hubiese hablado antes.

Meredith bajó la cabeza.

—Usted es culpable de haber encubierto durante esos días a Stella. Bien... Ya he hecho el informe. Será el juez quien diga la última palabra.

Meredith asintió.

El automóvil se deslizaba a velocidad prudencial.

—No corras —dijo Cintya al chófer.

El chófer era Rex.

—¿Tienes miedo?

—No, pero... por si acaso.

—Yo no tengo ochocientas cincuenta mil libras escondidas en ninguna parte.

—¿Y qué?

—Que no hay posibilidad de que me asesinen...

—Sabía que cuando empezara a ver fajos de billetes acabaría acudiendo al escondrijo —dijo Cintya, pensando nuevamente en el caso.

—Sí. El dinero hace mover a la gente... ¿Qué te parece si asalto un Banco?

—Si lo haces con el mismo ingenio que Henry... te perdono.

—¿Y de qué le sirvió a él?

—Bueno... Pero tú no tendrías una esposa como... Henry. Yo no soy Stella.

—Hummm —sonrió Rex, rodeándola—. Eso es toda una insinuación... ¿Has dicho esposa, eh? De acuerdo... De acuerdo. Lo pensaré, futura señora Prentice.

Y acentuó su sonrisa mientras el auto continuaba por la sinuosa carretera al borde de los acantilados de Cornwall.

Cintya pensaba en aquellos trapos atados a una cuerda para que pudieran ondear frente a la ventana del torreón para desaparecer en una esquina. Pensaba en el experto conductor de aquel coche parecido al «Porsche» y que Rex fingió esquivar.

Pensaba en su comedia final.

Pensaba en todo aquello que ahora le parecía lejano.

—¿Dónde estás? —La interrumpió Rex, apretándola con más fuerza—. ¿Te sientes señora Prentice?

Ella sonrió dispuesta a olvidar todo lo que quedaba atrás.

Era la hora que la marea volvía a subir, pero Rex no se fijaba en ello, ni en el paisaje. En aquellos momentos lo importante era la carretera con sus curvas, para evitar despistarse, y también le importaba y mucho la mujer que llevaba a su lado, que tampoco estaba falta de curvas.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Recuérdese que en Inglaterra sigue conduciéndose por la izquierda. < <